

La Pluma

AÑO III.

MADRID, NOVIEMBRE 1922

NÚM. 30.

UN LIBERAL DE ANTAÑO

EN LA MUERTE DE DON AMÓS SALVADOR



UANDO niño, la idea que yo tenía de los patriarcas era por demás imponente; la lengua barba blanca, la túnica, el aspecto grave con que los pintaban las estampas del Fleury, sugeríanme la impresión de una voz tonante que amedrentaba mis sueños. Como después he visto alguno sin tal atuendo bíblico, de primeras no lo he reconocido.

Hace el nombre a la cosa. Aunque no lo sé de cierto, no creo que el nombre de pila de D. Amós Salvador respondiera a ninguna tradición antigua en su familia. Sin duda sus padres, a usanza castellana de cristianos viejos, pusieronle simplemente bajo la advocación del santo del día en que nació. El apellido Salvador ¿denota ascendencia de judíos conversos? En todo caso, *Amós Salvador* es nombre que imprime carácter, que parece definir ya de por sí una personalidad

LA PLUMA

destacada del vulgo. Para el vulgo, quizás únicamente por cierto prestigio derivado, sin más, de la sonoridad y la rareza. Para el curioso, por las raíces soterradas que alimentan esa floración. En definitiva, acaso estas que creemos sugerencias del nombre, no lo sean sino del hombre, tal y como lo conocimos en sus últimos años, reducidas a los rasgos esenciales sus cualidades físicas; exageradas hasta la irritabilidad, en una suprema defensa del temperamento, sus condiciones morales.

Físicamente, D. Amós —la llaneza de su trato había contribuido a popularizar el tratamiento familiar con que se le distinguía de público— físicamente, D. Amós era mefistofélico. Tenía del Ángel Caído la faz rubicunda, la expresión, violentamente estilizada en una máscara aguda, a la par maliciosa y enérgica, la agilidad, la gracia, la irresistible simpatía, el poder de captación. De nadie pudo decirse mejor lo de «este hombre es el demonio» con que el pueblo celebra proverbialmente cierta manera heroica, entreverada de picardía, de vencer las dificultades cotidianas.

No, los patriarcas no son necesariamente majestuosos. Una vez descubierta la condición patriarcal en un varón—como D. Amós— sin teatralidad mosaica, se nos alcanza la justeza de su actitud familiar, desprovista de empaque ni engolamiento. La patriarcalidad no implica altisonancia grave, más adecuada a la misión de los profetas. El patriarca es, sobre todo, padre de familia. Ni es menester que la prole sea numerosa. Basta a la idea de sucesión la seguridad de perpetuar una herencia moral transmitida de padres a hijos. Don Amós Salvador poseía, dominante, esa virtud paternal de creación, proporcionada a la medida del hombre, obligado a vivir no para sí, egoísta, ni para la humanidad en abstracto; mas obediente a sus fines inmediatos, contemplando su vida en la de sus hijos y sus nietos.

No huelga el insistir sobre estas verdades sencillas. La coincidencia, que puede parecerse circunstancial, de un nombre característico de una tradición de raza, vinculada a la conservación del espíritu familiar, con la práctica consciente de esa idea, no es, quizás, obra del azar. Un instinto ancestral gobierna las más de las veces nuestros actos.

Pero si la imagen del patriarca bíblico no sirve ya para retratarle ahora, tampoco nuestra complacencia en la continuidad de la historia aprendida en la escuela, puede esclavizar la figura de un hombre dentro de una tradición. Ciertos atributos morales de la patriarcalidad, aun característicos del íntimo ser de una persona, no pueden definir por sí solos la condición de un contemporáneo nuestro. Decir, sin más, que D. Amós Salvador era un patriarca, valdría tanto como considerarle estéticamente, fuera del tiempo, no ya de éste, aun del suyo. Y D. Amós fué un hombre de su tiempo.

¡Cabal idea de la eternidad, el alcanzarla no de una sola aspiración, para que es impotente todo pecho humano, mas en los trabajos y los días que a cada cual cumple vivir! Una existencia retrasada, atenta a percibir los ecos de cualquier tiempo mejor por pasado, es cosa triste. Adelantarse a su tiempo, es condición enfermiza, de adivino. Los elegidos de los dioses mueren jóvenes y sin descendencia. El hombre normal marcha al ritmo que le marca su propia humanidad. No vive solo, ni en las montañas. Es libre, pero ciudadano.

Nacido D. Amós Salvador en pleno siglo XIX, alimentan su conciencia las ideas fundamentales del espíritu nacional, triunfante en dos guerras: afirmadora la una de la personalidad española; por incorporarse a la comunidad de sentimientos políticos universales, la otra. Por la libertad las dos. Riojano, de Logroño, había necesariamente de sentir con fuerza irreductible el impulso patriótico culmi-

LA PLUMA

nante en Zaragoza contra la invasión extranjera. El núcleo primitivo de la nacionalidad—Castilla y Aragón, tiene tal vez en la Rioja su representación más viva. La unión de Aragón y Castilla con Fernando e Isabel, no ha tenido acaso realidad sentimental hasta la guerra de la Independencia. Defendiéndose dispersos, adquieren los españoles la conciencia de una idea, España, adscrita a la tierra, materializada en una acción común. La guerra civil de después afirma esa conciencia contra el espíritu de dispersión, foral, retrógrado.

Hombre de su siglo, veía el liberal de antaño cumplidos sus afanes individuales, en la familia; su fin político, en la nación. La libertad no era un concepto mítico, sino una norma para vivir en paz los hombres de buena fe. La ley católica de la Iglesia Universal no podía convenir al interés puramente humano del hombre liberal. El Estado liberal sustituía los dogmas absolutos de la Monarquía, por la representación ideal republicana del gobierno democrático. El Imperio del mundo pugnaba por su desmesurada grandeza con el espíritu liberal del siglo, materialista en cuanto reducía las ideas a términos asequibles a su realización en la vida de cada día.

El liberal de antaño era un buen burgués, el buen burgués. Libertado de la dura esclavitud a la tierra, cultiva las profesiones liberales, crea las virtudes ciudadanas, recoge del despotismo ilustrado aquellas formas representativas de la cultura del intelecto que pueden justificar la personificación de los Estados en un rey-sol cuyos rayos magnánimos pretenden alumbrar artes y ciencias, sometidos a su dominio. El liberal español de antaño, firme la planta en su tierra nativa, reniega de toda conquista monstruosa, abre los ojos a la realidad, cierra los oídos a los ecos de la sirena que apenas canta ya engañosa guardando los tesoros de tantos galeones hundidos, se asoma a Europa, y hace la revolución gloriosa.

No, el liberal de antaño no es un hombre pintoresco. D. Amós

Salvador, antiguo miliciano nacional, gustaba todavía en sus últimos años conmemorar el 7 de julio el triunfo de las tropas nacionales, es decir, liberales, contra la guardia pretoriana del rey. Se calaba su buen morrión y desafiando el ridículo de las conveniencias sociales íbase a desfilas con los veteranos, herederos de las primeras milicias defensoras de la libertad. No era una parada funeral. Ahora, menos que nunca: Parapetado en cien conventos, tocando al arma en cien cuarteles, se alza amenazador el espectro de la reacción absoluta contra la libertad.

De mozo, D. Amós Salvador jugó al billar alguna tarde, en un entresuelo de la Puerta del Sol, soltando el taco de cuando en cuando para empuñar un fusil, y, por entre las persianas del balcón, disparar contra los *negros* enseñoreados de la plaza. El revolucionario sagastino defendió la Constitución de un Estado burgués, que no ha llegado a constituirse. Nacido del pueblo, nunca renegó de él. Alardeaba de hombre popular, en la sencillez desenfadada con que del rey abajo a todos trataba por igual, en la rudísima franqueza con que, cortés, hablaba ante el trono, en el Parlamento, o en la conversación particular, vivamente sazonada de interjecciones expresivas a la manera del pueblo. Demócrata, creía en la posibilidad de una justicia distributiva conforme a los méritos del ciudadano, y como tal llamado a encarnar la voluntad soberana del pueblo. La fe, esa bendita *fe del carbonero*, salvó siempre su intención.

Salvar la intención no quiere decir, sin embargo, inhibición. Esencialmente político, *todo un hombre*, el liberal de antaño no rehuye en holocausto a la idea pura, la vida pública. Quiere, sí, dignificar lealmente la actividad política de sus conciudadanos, suscitar en todo momento la opinión popular, haciéndola participar en el gobierno por delegación en sus mejores representantes. De ese modo, el trono, el altar, la espada, el birrete, los sillones académicos, no son lo que

LA PLUMA

a ojos del escéptico desengañado, chirimbolos teatrales sin correspondencia en la realidad. Una política liberal ha de regir el Estado, representación verdadera de la conciencia nacional traducida en leyes fundamentales comunes a todos los súbditos. Garantida la libertad individual, el Estado mantiene una religión nacional en cuyos dogmas morales se cimenta la sociedad española, por mejor defender la personalidad jurídica de la nación de la ingerencia de Roma; sustenta un criterio nacional en materia de enseñanza, atribuída a los Institutos y Universidades del Estado; vela, en las Academias, por la conservación y el progreso de una ciencia y un arte nacionales; mantiene, sobre todo, la supremacía del castellano, como idioma español oficial, sobre las demás lenguas y dialectos regionales. Llevando la teoría al extremo, incluso admite como buena la intervención de su autoridad en las fiestas de toros, porque nada se sustraiga, con hipócrita ignorancia, a la ley nacional.

El buen liberal de antaño sigue creyendo en la posibilidad de continuar la historia de España, respetando los principios constitucionales pactados hace medio siglo entre la Revolución y el Poder Real. Su política de unión liberal reniega siempre de todo espíritu faccioso—llámese regionalismo, sindicalismo socialista, tecnicismo profesional, camarillas, somatenes, juntas de defensa o de acción ciudadana—que implique menoscabo del Estado en que la nación define su personalidad.

El buen liberal de antaño muere, si no pobre de solemnidad, ajeno a las grandes especulaciones de los nuevos ricos, acogido al horaciano huerto familiar regado por el Ebro, río nacional por excelencia.

Y al volver para siempre a su tierra, su pueblo calla con solemne duelo, en el que late, por una vez, bajo el rito oficial, un

sentimiento de augusta sencillez humana. Sobre su tumba cumpliría poner la copla de Jorge Manrique:

«¡Qué amigo de sus amigos,
qué señor para criados
y parientes,
qué enemigo de enemigos,
qué maestro de esforzados
y valientes!

Qué seso para discretos,
qué gracia para donosos,
qué razón,
cuán benigno a los sujetos,
y a los bravos y dañosos,
un león!»

C. RIVAS CHERIF.





CARA DE PLATA  COMEDIA
BÁRBARA. LA ESCRIBIÓ DON RAMÓN
DEL VALLE-INCLÁN. JORNADA TERCERA ⁽¹⁾

ESCENA PRIMERA

SALA GRANDE y oscura en el Pazo de Lantañón. Un Santo Cristo con enaguillas en la tiniebla del muro encalado, sugiere su lívida tragedia. Hipnotiza el clavo amarillo de una luz de aceite. Por el vano de un arco se advierte la mesa con recado de manteles. Rondan en torno gatos y perros. El Mayorazgo, en su sillón, levanta la copa. Sabelita, en el fondo de una puerta, se cubre la cara. ¡Blancura de aquellas manos!

EL CABALLERO

Descubre los ojos y mírame.

SABELITA

¡No puedo!

EL CABALLERO

¡Obedece, Isabel!

(1) Véase LA PLUMA de octubre, 1922.

LA PLUMA

SABELITA

Padrino, vuélvame a San Clemente.

EL CABALLERO

Después de la cena. Siéntate.

SABELITA

Permítame que le sirva.

EL CABALLERO

No llores y obedece.

SABELITA

Mi destino es llorar.

EL CABALLERO

Toma mi copa y bebe.

SABELITA

¡No me avergüence, padrino!

EL CABALLERO

¡Aborrecida vergüenza!

*EL CABALLERO estrella la copa y se alza del sillón bambo-
leando la mesa. Largo y sobresaltado temblor del ajuar loceño, se de-
rrama el vino y se apaga el velón. En la sala oscura, como si naciese
de pronto, la luna argentó una vidriera. Con las figuras diluidas en la
oscuridad, surgía el prestigio de las voces y de las sombras.*

SABELITA

Padrino, permítame volver a San Clemente.

EL CABALLERO

Franca tienes la puerta. ¡Vete, y no vuelvas!

LA PLUMA

SABELITA

¡Malvado Fuso Negro!

EL CABALLERO

¿Por qué te detienes?

SABELITA

¡Espanto me da!

EL CABALLERO

¡Vete!

SABELITA

¡Alma sobresaltada, sosiega! ¡Aléjate, espanto! ¡No me ates en estos umbrales, imán del Infierno!

EL CABALLERO

¡Mal rayo me parta! ¡Huye! ¡No te detengas!

SABELITA

¡Rey del Cielo, desencadénate, que aquí me pierdo!

EL CABALLERO

¿No te vas?

SABELITA

No puedo.

EL CABALLERO

Me perteneces.

SABELITA

Mi alma condeno.

EL CABALLERO

¡Entrégamelal!

SABELITA

¿Para qué quiere mi alma?

EL CABALLERO

Para mí la quiero. ¡Entrégamela!

SABELITA

A Satanás se la entrego.

EL CABALLERO

¡Mía es!

SABELITA

¡Padrino, no me pierda!

EL CABALLERO

¡Soy Satanás y te pierdo!

SABELITA

¡Padrino!

EL CABALLERO

Llámame monstruo infernal. Maldito mil veces, que ni la flor de tu inocencia respeto.

POR LA PUERTA LUNERA, escueto y negro, el tonsurado atropella, y detrás se encoge y mima un gesto de terror y lascivia el repelido sacristán de San Clemente.

EL ABAD

¡Rey Faraón, vengo por mi oveja!

EL CABALLERO

¡Mírala!

LA PLUMA

EL ABAD

¡Mal pensé de ti, bárbaro Montenegro, mal y con saña! ¡Nunca tan bajo que acogieses a las mancebas de tus hijos y cenases con ellas!

EL CABALLERO

¡Clérigo bellaco, de ningún hijo de puta es manceba mi ahijada!

EL ABAD

Habla tú, impúdica mozuela.

SABELITA

De nada soy culpada.

EL ABAD

¿Quién aquí te trajo, pues te han visto arrebatada en un caballo?
¡Tu liviandad declara!

EL CABALLERO

¡Yo la traje!

EL ABAD

¡Vade retro!

EL CABALLERO

¿De qué te espantas?

EL ABAD

¿Tú la robaste?

EL CABALLERO

Sí.

EL ABAD

¿Con qué mira?

EL CABALLERO

Porque mis soledades acompañase.

EL ABAD

Montenegro, te amonesto para que me vuelvas la oveja.

EL CABALLERO

Fué su voluntad el cambio de vara.

EL ABAD

Montenegro, de paces vengo.

EL CABALLERO

Yo tampoco te muevo guerra.

EL ABAD

Éramos amigos, con trato de parientes, y me negaste el paso cuando iba a encomendar un alma.

EL CABALLERO

Yo, no. Uno de mis rapaces.

EL ABAD

Pero tú lo has sostenido.

EL CABALLERO

No estaba a menos obligado.

EL ABAD

Aquel pecador murió sin auxilios, y es de suponer que pene en el Infierno.

EL CABALLERO

Eso tendrá que agradecerle a mi rapaz el Diablo.

LA PLUMA

EL ABAD

¡Blasfemo!

EL CABALLERO

¡Sacrilego! ¡Deseas la moza para tu regalo! ¡Nos conocemos!

EL ABAD

¡Bárbaro Montenegro, tendrás la guerra, pues la guerra provocas! Pisaré por tu dominio y cobraré la mala oveja.

EL CABALLERO

Puedes cobrarla, de paz te la entrego. Isabel, de quedarte o de irte eres libre. Elige.

SABELITA

¡Elijo mi muerte!

EL ABAD

¡Calla, malvada! ¡No publiques tu licencia! ¡Sígueme!

SABELITA

¡Pazo de Lantañón, adiós para siempre!

EL ABAD

¡Sígueme!

SABELITA

Los pies me atan. Andar no puedo.

EL ABAD

¡Ven conmigo!

SABELITA

Tengo grillos.

EL ABAD

Te sacaré arrastrada de las trenzas.

SABELITA

¡Padrino, no me ponga cadenas! Rompa el negro imán con que me prende! ¡Déjeme libre! ¡Libérteme!

EL CABALLERO

Libre eres.

SABELITA

¡Bórrate, espanto! ¡Alma mía, avaliéntate! ¡Supérate! ¡Padrino, rompa este atribulado cautiverio! Y si no lo rompe, ordene que me quede, si es mi suerte perderme.

EL CABALLERO

Caiga el pecado sobre mi conciencia. ¡Quédate!

EL ABAD

¡Montenegro, poder de brujo tienes! ¡En él te amparas! ¡No me espantas, Montenegro! ¡Emplazado quedas! ¡Aún nos veremos!

EL CABALLERO

¡El Diablo te lleve!

EL ABAD

Por castigar tu soberbia soy capaz de encenderle una vela.
¡Tiembra!

SALE EL TONSURADO como una ráfaga negra por la puerta lunera. El Mayorazgo levanta su copa y la ofrece a la sombra arrodillada de su nueva manceba.

ESCENA SEGUNDA

LA ENCRUCIJADA DE SAN MARTIÑO DE FREYRES:
Cielo con estrellas: Rumor de viento en las mieses y la queja del molino,
en un grupo de árboles, nocharniega. La luna en la balsa hila nieblas
de plata. Sobre la cruz de los albos caminos ennegrece el bulto ensota-
nado del Abad. Bajo el cielo estrellado el bonete perfila sus cuernos, y
el brazo perfila su trazo negro de maldición y anatema. Blas de Miguez
se encoge como un perro sobre la sombra alargada del tonsurado.

EL ABAD

¡Casta de soberbios! ¡Maldita seas!

BLAS DE MIGUEZ

¡Qué gallo el vinculero!

EL ABAD

¡Bárbaro Montenegro, yo te daré en la cara una bofetada como ésta!

BLAS DE MIGUEZ

¡Justo juez!

EL ORDENADO se azota la mejilla, y el sacristán se santi-
gua muchas veces con gemidos y golpes de pecho. Ladran, lejanos, los
perros de una aldea.

EL ABAD

Satanás, te vendo el alma si me vales en esta hora. ¡No me espanta ni el sacrilegio!

BLAS DE MIGUEZ

¡Señor Abad, no pida ayuda al Infierno!

EL ABAD

¡Hoy me juego el alma!

BLAS DE MIGUEZ

No la juegue, que la pierde.

EL ABAD

¡Y tú te condenarás conmigo!

BLAS DE MIGUEZ

¿Qué falta le hace compañero?

EL ABAD

Tú seguirás mi suerte.

BLAS DE MIGUEZ

Caso de no tener influjo con San Pedro.

EL ABAD

Tú harás cuanto yo te ordene.

BLAS DE MIGUEZ

¡Salvando mi alma!

EL ABAD

Llegado a tu casa, te pones a morir.

BLAS DE MIGUEZ

¡Madre Santísima!

EL ABAD

Y, puesto a morir, te despides de los hijos y de la parienta. ¡Pides confesión!



LA PLUMA

BLAS DE MIGUEZ

Me pongo a morir y no muero.

EL ABAD

¿Qué achaque padeces?

BLAS DE MIGUEZ

¡Mal de ijada!

EL ABAD

Desde que pises el quintero empiezas a dolerte y a implorar los Divinos.

BLAS DE MIGUEZ

Susto me da de penetrarle la idea.

EL ABAD

Es preciso que me obedezcas ciegamente.

BLAS DE MIGUEZ

Me pongo a morir... Confieso y comulgo, que nunca está por demás... Así es. Pero de agonizante no paso... A morir me rebelo.

EL ABAD

¡Tú, obedeces!

BLAS DE MIGUEZ

¡Como tal se malicie la parienta!

EL ABAD

¡Vetel

BLAS DE MIGUEZ

Tendré que zurrarle el pandero.

EL ABAD

Si es preciso, te mueres.

BLAS DE MIGUEZ

De un ojo solamente; a más no me comprometo.

EL ABAD

¡Camina!

BLAS DE MIGUEZ

A más, me rebelo.

EL ABAD

¡Obedece!

BLAS DE MIGUEZ

¡Morir, ni de pensamiento!

EL ABAD

A morir te pones, y si es preciso te mueres. Esta es la lección y a ella te sujetas.

BLAS DE MIGUEZ

¡Cativa letral! ¡Ya le declaro que no es para cumplida!

EL ABAD

A Satanás te encomiendas.

BLAS DE MIGUEZ

¡Para que luego me chamusque! ¡Arreniégole!

EL ABAD

¡Vete!

LA PLUMA

BLAS DE MIGUEZ

¡Concho! ¡Pudiera suceder que estuviésemos abriéndonos el Infierno!

EL ABAD

Impulsos me vienen de hundirte el puño entre los cuernos. ¡Imbécil, golpéate los ojos! Negra conciencia, ¿no ves a tus plantas el Infierno?

BLAS DE MIGUEZ

¡Excomulgados nos hacemos! ¡Los Sacramentos profanamos!

EL ABAD

¡Horrorízate! ¡Tiembra!

BLAS DE MIGUEZ

¡Dies Irae! ¡Dies Illa!

CON AUILLIDOS DE CAN se azotaba las mejillas el sacrilego tonsurado, y el sacristán, encogido, medroso, con la cabeza vuelta, corría sobre los zuecos, bailón a la luna del camino aldeano. Cuando entra por el quintero, almiarés y cielo lunario, empiezan los clamores.

BLAS DE MIGUEZ

¡Ay, que muerol! ¡Ay, que acabo! ¡Muerdo de un mal repentino! ¡Repentino y excomulgado! ¡Vida, no te vayas! ¡Déjame ver las luces del día!

EL ABAD

¡Satanás, ayúdame y el alma te entrego! ¡Ayúdame, Rey del Infierno, que todo el mal puedes! ¡Satanás, te llamo con votos! ¡Sata-

nás, por ti rezaré el negro breviario! ¡De Cristo reniego y en ti comulgo! ¡Rey del Infierno, desencadena tus aquilones! ¡Enciende tus serpientes! ¡Sacude tus furias! ¡Acúdeme, Satanás!

FUSO NEGRO

¡Presente, mi Capitán!

SOBRE EL ALBO camino baila el loco su baile frenético, y una bolsa de monedas hace saltar en el rotó bonete cismático. Pasa en una ráfaga ante el sacrilego Abad de San Clemente.

ESCENA TERCERA

QUINTA DE SAN MARTIÑO. Almiares y tejados luneros. Ladridos lejanos. Tendida parra de morada sombra, ante alguna puerta. Una casa sola al confín del quintero. Negro y rojo el hogar, donde una vieja encuerada se espulga. Sale en bocana por las tejas humo de pinocha y olor de sardinas asadas. La vieja se espulga, un crío gimotea y una bigardona, bajo el candil, se remienda el manteo.

LA VIEJA

¡Qué ilusión condenada! ¡Otra vez me trujo el viento la voz de tu padre!

LA BIGARDONA

¡Arreniégoté!

LA VIEJA

Estate atenta. Remeda una cierta voz acongojada. ¿Oyes?

LA BIGARDONA

El viento en el tejado.

LA PLUMA

LA VIEJA

¿No te representa una voz?

LA BIGARDONA

¿Cómo está de alumbrada, mi madre!

LA VIEJA

Ya que el pecado me recuerdas, voy a tirarle del teto!

LA VIEJA encuerada alcanza del vasar el pichel pringoso. Caen unas trébedes. Se espanta el gato. Cruje el camastro, y por el borde de la cobija remendada sacan la cabeza tres crios. La vieja apura el pichel, morosa y deleitada.

CORO DE CRIANZAS

¡Una pinga mi má! ¡Una pinga mi má!

LA VIEJA

¡Una horca, centellón!

CORO DE CRIANZAS

¡Una pinga!

LA VIEJA

¡Celonio! ¡Gabina! ¡Mingote! ¡Venenos! ¡Buscáis que os visite San Benitiño de Palermo! ¿Quieres tú echar un trago, Ginera?

LA BIGARDONA

Luego los mozos me sienten el aliento.

LA VIEJA

Ten la boca desapartada, gran sinvergüenza. Arrímate mucho a los mozos y verás lo que sacas. ¡Ay, qué condición más renegada la

uya! Si te hacen una barriga, vas para fuera de casa. ¡Es anís doble, condenación! ¡Bebe un trago, rapaza!

LA BIGARDONA, con remangue, toma el pichel que le ofrece la vieja, y tras de catarlo, se frota los labios con el pañuelo majo que lleva al pecho.

LA BIGARDONA

¡Resolis!

CORO DE CRIANZAS

¡Una pinga mi má! ¡Una pinga mi má!

LA VIEJA

Dale una pinga a esos aborrecidos.

SOBRE EL CAMASTRO, saliendo de la cobija remendada, implora el coro de ánimas. Celonio, Gabina, Mingote, se disputan el pichel con las manos tenaidas y las uñas de fuera. Al dárselo la bigardona, el pichel se quiebra entre tantas manos.

LA VIEJA

¡Ay, venenos! ¡Mala centella os abrase! ¡Habéis de acabar en una horca! ¡Casta renegada! ¡Sanguinarios!

LA BIGARDONA

Vístase la camisa, mi madre.

LA VIEJA acompasa los gritos repicando las tenazas sobre las asustadas cabezas del retablo que se desbarata. Plañidera torna al hogar. Entre un burujo de ropas cachea por la faltriquera y cuenta unos ochavos.

LA PLUMA

LA VIEJA

¡Era de lo bueno! ¡Un resolis que mejor no lo bebe la reina de España! Ginera, átate las enaguas y ve por un cortadillo.

LA BIGARDONA

¡Holanda o anisado?

LA VIEJA

¡Anisado, grandísima bribona! ¡Arreniégo te, que no piensas más que en los mozos! ¡Anisado, condenada! ¡Anisado! Enciende un fahizo.

LA BIGARDONA

¡Hay luna!

VOZ LEJANA

¡Muero! ¡Acabo!

LA VIEJA

¡Asús! ¡Pues no me vuelve la tema pasada! ¡Viento inventor! ¡Talmente el lamento de tu padre!





RIGOR

PLAYERA

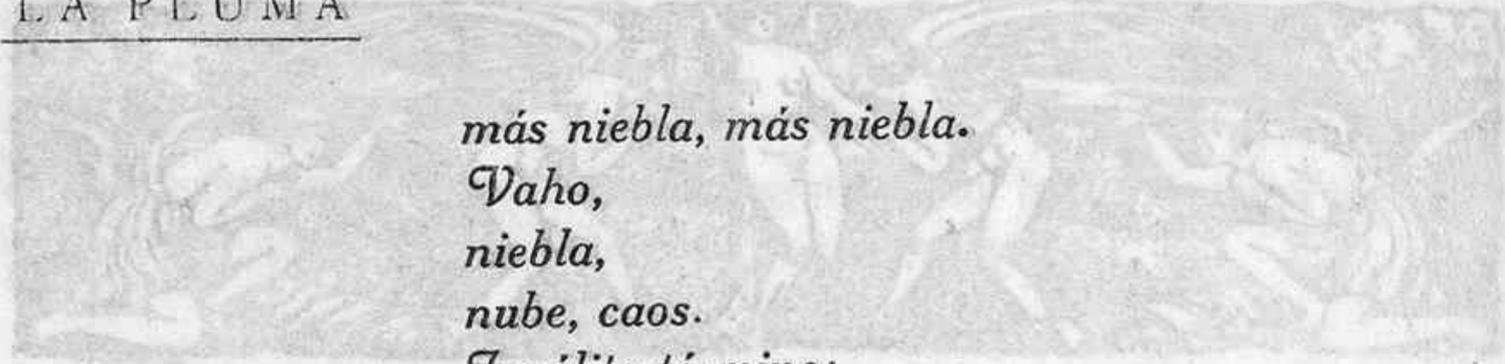
*Ciudad accidental,
de los estíos: damas.
Fustes de extremas sedas
ángulos insinúan.*

*Laten las alusiones
con rigor geométrico.
La ciudad está loca,
loca de geometría,
¡oh, muy elemental!
Libro de bachiller:
página tantas: vértice.
¡Sutil, sutil Euclides!*

VAHO LENTO

*Sienes soñolientas.
Hombros soñolientos.
Un vaho lento, más lento, lento.
El vaho se espesa:*

LA PLUMA



*más niebla, más niebla.
Vaho,
niebla,
nube, caos.*

*Insólito término:
Cárcel. Muros férreos.*

BARCAROLA

*Al durmiente meciendo
cabecea el esquife
en el espacio puro.*

*¡Venturoso vaivén
sobre lisa alta mar
sin instantes de espuma!*

*Un índice de luz
descubre las tinieblas.
El albor da las cuatro.*

*A la costa conducen
el esquife los puños
de solares remeros.*

*¡Oh, cuán ceñudamente,
a medio abrir los ojos,
atraca el navegante!*

*Vacilando aturdido
piérdese por la villa,
trémula de relojes.*

ALELUYAS SENTENCIOSAS

*Tus duelos y tus penas
esconde en la bodega.*

*El umbrío reposo
sabe añejarlo todo.*

*El tiempo es así hucha
de ahorros de dulzura.*

*Verde será la hoja
en rama que fué monda.*

*Y bajo un sol aún niño,
cual pueriles flequillos*

*sonreirán al viento
las penas y los duelos.*

VILLANCICO

*Carne rosa y alba
del sagrado Niño,
con risas calladas
en hoyuelos lindos.*

*Rosa, pero alba,
tan pura y alegre
albea la gracia
en carne celeste,*

*cual si iluminaran
grosezuelas risas,
a la luz del alba,
una rosa viva.*

JORGE GUILLÉN.



MÁS PALABRAS SOBRE EL ALBA INDESCRIPCIÓN

Poco después del alba las cosas están como en un mediodía.
—
Es lo que habremos vivido más verdaderamente, más solos, más como en la muerte, más como en la vida.

—
Es lo que se vive con más sabor de eternidad. Nos tomamos en el alba una copita de aguardiente de eternidad.

—
El alba está representada en el cinematógrafo y se ve a la actriz con ojeras de una noche profunda, de una noche de fiebres artísticas, de delirios de ser una gran actriz...

—
Pero todo lo que sucede en la película sucede representado también por los payasos del alba.

—
¡Qué extraño para la providencia lo que hacen estos mamelucos bajo la luz cruda y sin sal ni levadura del alba pelicular!

—
Los casados de ayer, en el alba de hoy están ya irremediablemente casados... El hijo nacido ayer tiene ya un día.

—¿Pero ha habido ayer?—se pregunta el alba.
—

La noria de la luz comienza a moverse y comienza a caer actividad en el mundo.

Las lámparas dicen:

—Que tienes que apagarnos... Que tienes que apagarnos... Que tienes que apagarnos...

Están asustadas como ante el enemigo que avanza. Se quieren meter dentro de su corola.

Los cables de electricidad, los gruesos cables que atraviesan lo alto de la ciudad, son como las maromas de que agarrarse en las playas profundas e inundadas del alba.

El parto de los montes es el parto del alba.

Los hombres que hablan en el alba están en el estado de espíritu de saberlo todo. Parecen los dotados de mayor experiencia y de mayor instinto.

La telegrafía sin hilos recibe el primer aviso del alba, en medio de la que crece y se destaca como nunca la gran antena. Anuncia siempre el alba un signo que no se sabe lo que significa y que llaman en los puertos de T. S. F. el signo del alba.

El alba donde es más alba es en la alcoba vacía y estucada de la casa deshabitada.

Nos vemos a nosotros mismos lívidos y morados, pero esta afición a trasnochar es una dipsomanía letal y fatal.

Las nubes están asustadas y por entre ellas hay un color de mirada providencial, un color que no es azul.

LA PLUMA

Los pueblecitos los dibuja el alba como en una improvisación.

--

—No he vivido horas tan altas sino en los días de enfermedad o de preocupación en que no se ve nada.

—Pues mira qué otro mundo, qué otra cosa.

—Suelta el recuerdo de tus faltas, de tus procacidades, de tus crímenes, porque el alba es un gran turbión que pasa con el jabón y la legía mezclados al agua.

—

A la madrugada, cuando volváis de un baile, cuidado de arreglar vuestro cuarto y de guardar el frac y su camisa... Si no será deplorable el despertar, pues un concepto vivirá en la mañana con todo por medio y el frac ahorcado: el concepto de la INUTILIDAD.

—

Nada más desconsolador en el alba que el llanto de aquel niño de pobre, dolorido de no encontrar su casa, visionario de una conciencia superior en la voz del alba, disconforme, imponente, con ojos en su niñez como en las parálisis el paralítico, ojos de querer decir qué y no poder.

—

—Primero fíjate cómo el cielo se llena de Diluvio universal.

—¿Que sientes frío en las piernas?

—

«No he vivido horas tan altas», se podrá exclamar.

—

Suelta el recuerdo de tus faltas, de tus procacidades, que el alba es lustral y se las llevará todas.

—

Entre los retazos de diálogo de un posible drama titulado «El Alba» se dice:

—Tus ojos que miran el alba tienen expresión de agonizante.

—Tú también, tú parece que miras desde el fondo oscurísimo del

mar, ya naufragada la superficie iluminada. Y es que el momento es supremo como la agonía y el hundimiento en el mar.

—
Por el bosque del alba invernal, bosque que se proyecta sobre la ciudad urbanizada, pasan los hombres embozados, cheposos y echados hacia adelante.

—
La ciudad queda convertida en antigua ciudad lacustre, en siniestrada ciudad, en ciudad vista desde lejos.

—
Cielo de viaje, cielo de ciudad en la que se entra con la madrugada.

—
Crea el mundo, lo temple, lo fomente, le hace darse cuenta de su deber.

—
La idea compacta, prevalida y testaruda del tiempo se deshace porque se la ve la trampa.

—
Se comprende cómo de la noche a la mañana se podía haber modificado todo.

—
¡Oh, la propaganda anarquista del alba, terrible, famélica, nihilista!

—
El alba de todos los días rompe las bolsas de las aguas del día.

—
Sorprende a vivos y a muertos con idéntica superioridad... Recuerdo en los velatorios lo ruda, lo igualmente indiferente que entraba para el muerto y para nosotros en la casa fúnebre.

—
Fábrica de acero de la madrugada. Nos resistimos a aceptarlo. Queremos ser blandos y suaves. Pero entra en nosotros este acero y nos llena de un vigor terreno, de un instinto solitario y atrabiliario.

LA PLUMA

De lo único que se acuerda la nueva alba es del muerto enterrado en el día de ayer.

—Ya no está ese—se dice, y se pone más pálida.

Empiezan a nacer las cosas y las casas y las montañas por arriba, de arriba a abajo.

Todas las calles son patios del alba.

La explanada del cielo es mayor.

¡Cómo mira el alba por las ventanas vacías que dan al otro mundo!

¡Qué conseguida tienen su mujer los que ahora están con su mujer!
¡Qué solos los amantes a esta hora en que priva la verdad escueta!

Toda la ciudad parece un panteón, tanto que al pasar durante el alba por delante de los balcones que sabemos de quién son, nos decimos frente a sus maderas, que son como bandas reunidas por unas visagras:

—Allí vivía Fulano.

Es lo único que podemos decir.

Amanece el alba como una mirada. Todo vuelve a la realidad por la gracia de esa mirada de luz natural que lo crea todo de nuevo.

Esa primera campana no está en ninguna parte. Es del campanario del alba, se funde en cada alba y tiene como inscripción de campana la fecha del día, como esas inscripciones del pan de cada día.

Las horas prehistóricas y cavernarias vuelven con el alba.

En los pisos altos y en las guardillas comienza a regir primero la

nueva ley de la existencia, el nuevo movimiento de la vida, el nuevo estado de espíritu.

Ahora se ve que lo que sucedió ayer ya no tiene remedio. Después de preguntar si ha habido ayer, sale en su gaceta definitivamente, está consagrado el desengaño o la esperanza.

Hay en el alba como señales de estación, brazos blancos y cartabones pintados que se destacan sobre el cielo y en los que pone «EL ALBA»... «EL ALBA»...

La nueva aurora ha borrado ya al muerto de ayer. Eso completamente.

Le enterraron ayer tarde y todavía durante la noche flotó algo de su ser en la vida.

La aurora automáticamente borra al muerto de la vida y lo borró con la tinta blanca de lo que no es tétrico. Así nos borrará a nosotros también el día en que nos toque ser borrados, así como tuvimos la suerte de ser creados.

Arranca todas las esquelas de defunción del día anterior y con la impiedad necesaria borra los muertos. Si no fuese por eso estaríamos llenos de los lutos antiguos y el día en que aún no teníamos luto propio ninguno, hubiéramos llevado colgandero el luto abrumador de los demás. La aurora sería negra en vez de blanca si no tuviese tan terminantes decisiones, si no borrara como borra los muertos que fueron enterrados en el día de ayer.

En nosotros seguirán todos los recuerdos, pero ya aquel catafalco que a raíz de la muerte del muerto entrañable ocupaba el día, será borrado por la nueva aurora.

El turbillón, esa atmósfera o cuerpo flúido que rodea nuestro planeta, se desgarrará.

LA PLUMA

Una aurora más. Vamos de luz en luz distinta, de luz en luz de nuevos días, aprendiendo el significado estrecho del mundo.

Hay contornos esperados, los que ya sabíamos que iban a aparecer frente a nosotros, pero el sentido del nuevo día es absolutamente distinto.

Va un alba en el sentido de resignación de que nos llena el tiempo.

¡Cómo riza el alba el tirabuzón de las volutas! No es que hayan tenido durante la noche un *papillón* prendido a su piedra, no. Sólo el alba se ha encargado de trazar ese tirabuzón envolviendo la piedra en uno de sus dedos formidables.

¡Cómo se destacan las pirámides en el alba y cómo se erigen las columnas!

La arquitectura vuelve a estar dibujada y perfiladita como el primer día, en los limbos del alba.

Lo que forma el alba con más rudo milagro son las montañas. De ellas se escapa el color y la frescura de recién nacidas, de recién creadas, y tienen ese olor a lo nativo que hay en los corderillos recién nacidos.

Todas las plantas y todo dan su olor más tierno, y en los huecos de las peñas, en todo lo que forma una sombra, no es sombra lo que hay, es la huella violeta de los limbos, aun sin desprenderse ese mechón vaginal.

«Los poetas, que no han hallado medio más a propósito para agradarnos que el de hacer hermosas pinturas en sus versos, han delineado y propuesto las imágenes más gallardas de la Aurora. Hácenla hija del aire, dándole el título al mismo tiempo de Precursora del día. Con este título la suponen encargada de guardar las puertas del Oriente, de modo que en el punto de tiempo prescrito y determinado las viene a abrir con dedos de rosa. Delante de sí dicen que envía a los céfiros para que purifiquen el aire condensado y disipen los vapores sombríos y perjudicia-

les. Por cuantos parajes pasa y se deja ver va dando nueva alma a las plantas, verdor al campo y hace que nazcan las flores.»

Estos son los tópicos de los poetas que han reducido el alba quitándole la seria, mate, incongruente voluntad y las enloquecidas imágenes que la pueblan.

Una mayor y más terrible incongruencia hay que dar al alba.

Sus inmensos cielos de incongruencia vibran en su atmósfera y todas estas imágenes que digo las he sentido y las he consultado, no con mi ansia de novedad sino de verdad.

Todas las campanillas del cielo suenan como las que hay en los coches de niño.

Un gorjeo interno se plantea con la luz del alba. Es copiosa la caída luminosa del ruido. Abastece el mundo.

Es un inmenso ¡oh! ¡oh! de ooo enormes, desmesuradas, que en vez de letras parecen Zodíacos, Zodíacos acústicos con voces proporcionadas a los signos de sus ooo desmesuradas.

¿Oímos este gran ruido, esta balumba inmensa que se arma en el cielo?

Así como la luz de esos crepúsculos del estío, largos, interminables, que dan al hombre luz «del modo más obligatorio y con el mayor silencio», el crepúsculo de la mañana, si da su luz del modo más obligatorio también se podría decir con el «mayor ruido».

Este despertar de la luz del alba es ruidoso, inundante, magnificante, trae el raudal del ruido como trae el raudal de la luz.

Los pájaros, los hombres, todo lo que de pronto siente el ansia eficaz del ruido es que lo beben en ese gran acopio que derrama el alba.

Como se echa en la jofaina el agua de la primera ablución, así echa el alba en los ríos el agua de la mañana.

LA PLUMA

Qué descarado va ese que en el alba de verano llega a su casa en coche abierto.

Las galerías de cristales miran el alba desorbitadas, ansiosas, pegada la frente, de una atención inmensa, a los cristales que elevan los ojos.

Suenan los zancos del alba y sus almadreñas.

Los primeros perros se levantan; los gatos se recogen.

No, pero cae sobre el pianista el alba y se despierta, no sólo con la luz de la iluminación, sino con la luz del sonido.

Después del alba es como una salida de túnel... Nos acordamos de las salidas del túnel y de esa rama verde y como lacrimosa de un persistente rocío, que se transparenta como si fuese de concha.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.





PÁGINAS INACTUALES

HECTOR RODRÍGUEZ, CATEDRÁTICO



ME llegó un correo de Su Majestad para que hiciese cierta visita de la Universidad de Salamanca y averiguase lo que allá se hacía con mal orden y por cuya culpa y qué convenia remediar en ello, porque tenía relación que no estaban aquellas escuelas como debían...; y así fui a primero de julio, y ante todas cosas escribí al Consejo que me enviasen una provisión con pena para que no dictasen los Lectores, que era una cosa perniciosa a los estudiantes, y que no se solía usar; y dije que les quitaban el ejercitar la memoria, y se la destruían, porque no encomendando las lecciones a ella, sino escribiendo lo que les dictaban los Lectores, no la cultivaban y no la acrecentaban; y también estragaban a los discípulos sus entendimientos, porque los cautivaban a lo que escribían, sin dejarles elección, y quitábanles el cuidado y diligencia, porque ya había sabido que muchos encomendaban a sus amigos o a sus criados que les escribiesen las lecciones, y con aquello se contentaban, y sobre todo que lo que habían de leer en un mes, no esperando a que escribiesen los discípulos, no lo leían en seis meses. Yo me hallé en una lección, y vide que repetían cinco y seis veces

cada palabra de las que decían para que las escribiesen, porque los que eran tardos daban con el tintero muchas veces, y decía el Lector: Digo, señores; repitiéndolo hasta que ya no daban tinterazos. Vistas mis razones en Consejo, me enviaron una provisión, con pena de privación de cátedra, contra el que leyese y diese de aquella manera a escribir dictando. Hice juntar todos los catedráticos en su claustro, y mandéles notificar la provisión, lo cual sintieron tanto que no lo pudieron disimular, y Sandoval, Catedrático de Prima de Cánones, dijo con lágrimas que según aquello le habían de quitar la cátedra, y que había gastado en ella y en graduarse la dote de su mujer, y que quedaba destruido. Hector Rodríguez, Catedrático de Prima de Leyes, dijo que se nombrasen dos personas que juntasen las utilidades que resultaban en leer de aquella manera, y otras dos que juntasen los inconvenientes y que se hiciese conforme a lo que mas conviniese. Otro dijo que les declarase yo un estatuto que daba orden en el dar teóricas por escrito.

Estaban a mis lados el Rector y el Maestrescuela, y decíanme que me levantase, que nunca acabarían. Yo les dije que no habían de quedar sin respuesta, y volviéndome al Sandoval, dije que por lo pasado no quitaban las cátedras, y que si no obedeciesen un mandato tan justo por su culpa serían privados de las cátedras, y no tenían de quien quejarse sino de sí mismos. Y a Hector dije que si sería cosa muy acertada, sobre lo que el Rey mandaba, nombrar quien lo disgustase. Y al otro dije que habiendo allí sesenta Catedráticos, era bueno que me pidiesen a mí declaración de un estatuto que estaba escrito en romance; que guardasen lo que se les mandaba, y si no, que se aparejasen a la pena; y con esto salí del claustro, y ellos se fueron (como dicen en Italia) con tanto naso.

Después me vino a informar muy despacio el Doctor Diego Pérez (que escribió sobre el ordenamiento). Yo le respondí que aunque en otras cosas se podía haber engañado Su Majestad en enviarme a aquel

negocio, no en una, que era en haber elegido persona que había pasado por todo aquello, y había sido catedrático y entendido y visto por experiencia lo que tocaba a los oyentes y Lectores; que lo que decía (aunque le diesen otros colores) todo pararía en excusarse de trabajo los Catedráticos y leer siempre por sus cartapacios, sin más estudiar ni recapacitar; que las cátedras no se hicieron para dar de comer a sesenta hombres holgando, sino que les daban aquellos estipendios para utilidad de todo el reino trabajando.

Hice mi visita dentro de pocos días, y averigüé lo que era público, que los estudiantes no guardaban estatutos ni aun pragmáticas, y que andaban vestidos tan costosos y con tanto fausto, que no bastaban haciendas para sustentarlos; en sus casas tenían camas de campo, tapicerías, escritorios, mesas y sillas de nogal, y las lobs, manteos y sotanas de refino y de rajadas de mucho precio, y unos bonetes ridículos, con cuatro cuernos muy grandes, y las bocas que no cabían en la mitad de la cabeza; los manteos tan largos que rastraban, y otras muchas boberías a este tono.

Escribí al Consejo que era necesario que viniese persona a ejecutar la enmienda de todas aquellas cosas, y que no era menester otras visitas ni estatutos nuevos, que hartos había muy buenos, sino que no se ejecutaban por culpa del Maestrescuela y de los Rectores, y enviéles un bonete de aquellos de media vara en largo de cuerno, con que rieron algunos mucho.

DIEGO DE SIMANCAS.





CRÓNICAS LITERARIAS

ESPAÑA Y PERSIA



LREMENDO AGASAJO DEL TAMORLAN.—Poco esplendor han tenido los obsequios del Rey de España a su primo y colega el Rey de reyes, Sha de Persia, huésped, por unas horas, de esta villa coronada: un banquete muy cortés, congelado por la etiqueta, sin los desmanes de la gula y de la lujuria que el Señor Persiano se prometería —alentado por la tradición de sus mayores— como parte de la fiesta; gala de tercer orden en el teatro de Apolo; centenares de gazapos tímidos acribillados impunemente a perdigonadas, y la ida a Toledo, pensión de visitantes ilustres, donde el sucesor de Ciro, de Darío y de otros personajes truculentos, habrá tenido que admirar casullas y códices. Ni un auto de fe, que hubiera sido lo propio; ni un simulacro de la ley de fugas; ni siquiera una corrida de toros, en que se derramara sangre española, a lo menos sangre de bestias españolas... O ese Rey de reyes ha caído muy bajo, y es, como la pinta y el porte delatan, un jovenzuelo burgués, frecuentador de casinos, más apegado al asfalto de París que a su meseta nativa, o estará muy descontento de la suavidad y mesura de nuestras costumbres. Es probable que no seamos nosotros ni él lo que nuestros progenitores fueron; pero la decadencia de la casta persa es reciente: el augusto padre de este Sha reinaba todavía al modo oriental. Cuentan que, en París, se obstinó en ver el manejo de la guillotina. Madrugando mucho, asistió a la decolación de dos infelices; maravillado del artefacto, la función se le antojó breve (resabios del fausto oriental), e invitó al Prefecto de policía, su acompañante, a subir al cadalso, y ofrecer el pescuezo a la cuchilla, por alargar el placer de Su Majestad. El Prefecto se deshizo en excusas. El Sha llevése a

su país e instaló en un patio de su real morada varios pares de guillotinas: en los ratos de tedio, o por divertir a huéspedes de fuste, guillotina a un cierto número de persianos, dinásticos probados, que por honrar la corona de su señor, perdían la cabeza. Hemos de ver al punto qué abolengo deslumbrador tiene en Persia la costumbre de ofrecer un suplicio como festejo; recreo no enteramente desusado en la España de otra edad, cuando en ciertas pompas regias asaban vivos a judaizantes y luteranos. El tufillo de las hogueras, y las memorias—vagamente entreoídas a su maestro de ceremonias—de aquella justicia sagrada e imperial, católica y política, habrán sugerido al Sofi lo más halagüeño del brindis que pronunció en Palacio: «Que había descubierto—dijo Su Majestad Persiana—grandes semejanzas entre los dos pueblos, persa y español.» Lisonja fué; no nos tomó desprevenidos: el Rey de España le devolvió la fineza. Sí—vino a decir—; somos un poco persas; aquí hay reliquias de vuestra sangre: dos de los más claros linajes españoles descienden de las dos damas persas que el Gran Tamorlán envió presentadas a D. Enrique III de Castilla... Cómo y de dónde vinieron realmente tales damas, y en qué modo se hizo el entronque con los linajes castellanos es historia poco vulgar, digna de recordarse aquí, por su incidencia en la literatura.

Dos caballeros de su casa envió el Rey Don Enrique con su embajada al Gran Tamorlán y al turco Bayaceto: Payo Gómez de Sotomayor, y Hernán Sánchez de Palazuelos. Era Payo Gómez, Mariscal de Castilla, Caballero de la Banda (la orden de caballería creada por Alfonso Onceno), Señor de la fortaleza de Lantaño con toda su tierra (en Lantañón ocurre la acción de *Cara de Plata*), y de las villas de San Tomé, Puerto novo, Villamayor, y Puerto del Carril, Señor de Rianjo y tierra de Postomarcos, y de quince feligresías en Noya, y de seis feligresías en tierra de Quinta, Señor de la fortaleza Dainsua, y tierra de Tabeyros y de Cela y Sobran... Con tan gran caballero vino a casar una de las dos damas que él trajo de su embajada.

Hallaron Payo Gómez y Hernán Sánchez que los dos grandes capitanes a quien iban despachados, Tamorlán y Bayaceto, estaban en guerra. Los embajadores castellanos presenciaron la batalla en que el Tártaro deshizo al Turco. Tamorlán aprisionó a Bayaceto; lo encerró en una jaula de hierro; tenía de poyo para subir a caballo. Tomó un botín grandísimo, y en él dos hermanas, muy hermosas, que entregó a los castellanos con otros muchos dones para el rey Don Enrique. Las dos damas eran cautivas del turco, ganadas en sus incursiones por Europa; serían húngaras o griegas; en modo alguno persas, ni tár-

LA PLUMA

taras. Traídas a Castilla por Payo Gómez, fueron llamadas, la una, Doña Angelina de Grecia, y Doña María Gómez la otra.

A Doña Angelina, «una de las más hermosas damas de aque siglo», le hizo Micer Francisco Imperial estas canciones:

Gran sosiego é mansedumbre,
fermosura é dulce ayre,
honestad é sin costumbre
de apostura é mal vexaire,
de las partidas del Cayre
vi traer al Rey de España
con altura muy estraña,
delicada é buen donayre.
Ora sea Tarta o Griega,
en quanto la pude ver,
su disposicion non niega
grandioso nombre aver,
que debe sin duda ser
muger de alta nacion,
puesta en gran tribuacion,
depuesta de gran poder.
Parecía su semblante
decir, ¡ay de mi cativa!
conviene de aquí avante
que en servidumbre viva,
¡oh ventura muy esquivia!
¡ay de mí! ¿por qué nací?
dime, ¿qué te merecí?
¿por qué me faces que viva?
Grecia mía, Cardiamo,
oh mi Ssengil Angelina
dulce tierra que tanto amo,
do nace la sal rapina,
¿quien me partió tan aina
de ti et tu señorío,
é me traxo al grande río
do el sol nace, e do se empina?

La bella señora, tan suavemente cantada por el poeta genovés, vino a casarse en Segovia, con Diego González de Contreras, regidor de la ciudad. No debió de vivir en gran estado, según parece de esta carta que un príncipe griego escribió al hijo de Doña Angelina:

«Cayre Don Zuben, a ti, Rodrigo, mi primo, salud en el Poderoso. He sabido de gente de tu tierra que vives no en tanto deleyte como a ti conviene según tu linage: vente con tus parientes a mí, que lo que el poderoso me dió bastará para todos, tú en tu ley y yo en la mía, e trayrás contigo a los hijos de Christiana, nuestros primos, que allá también están. El poderoso te guarde y te me dexé ver.»

Doña Angelina fué enterrada en la capilla mayor de la iglesia de San Juan de Segovia, en un sepulcro con sus armas (león de oro en campo azul) y estas letras: «Aquí yace Doña Angelina de Grecia, Hija del Conde Juan, nieta del Rey de Ungría, muger de Diego González de Contreras, Regidor desta ciudad.»

Más tormentosos debieron de ser los amores de Doña María. Yéndose Payo Gómez de Sotomayor con las dos hermanas desde Sevilla a la corte, llegaron a la villa de Xodar, que a la sazón era de su primo, Luis Méndez de Sotomayor, señor del Carpio. Fué recibido y hospedado con grandes fiestas, y «teniendo—refiere Argote de Molina—puestas sus tiendas junto a una fuente de aquella villa, tubo amores con Doña María, una destas Damas Griegas que en el testamento de Payo Gomez es llamada Doña María Gomez, en la qual tubo hijos, de quien suceden Gomez Perez das Mariñas de Junqueyra, y Antonio Sarmiento de Redondela, y otros Caballeros.» Estos amores celebra un cantar antiguo que dice:

En la fontana de Xodar
vi a la niña de ojos bellos,
é finqué ferido dellos
sin tener de vida un hora.

Ganar para manceba a una dama de tan alta alcurnia, que además venía presentada al rey, fué proeza digna de los señores de Lantañón, «lobos fieros»—como se ve en *Cara de Plata*—, hasta en los postrimeros retoños del linaje. Como el rey, sañudo, le quiso prender, Payo Gómez huyó a Galicia y luego a Francia, de donde volvió perdonado, para casarse con Doña María por orden del Príncipe Don Juan.

De un matrimonio anterior tuvo Payo Gómez, entre otros hijos, a Suero Gómez de Sotomayor, también Mariscal de Castilla. «Yacen sepultados los dos

LA PLUMA

Mariscales, padre y hijo en el Monesterio de Santo Domingo de Pontevedra en la capilla de Sancto Tomás, y sobre los cuerpos se ven ricos sepulcros de alabastro con sus vultos y letreros, y Doña María Gomez fué sepultada en otro Monasterio a tres leguas de Pontevedra. Vense allí sus armas, que son en campo de plata tres faxas jaqueladas de oro y roxo, y por medio de cada faxa otra faxa negra.»

A la graciosa acogida que el Gran Tamorlán dispensó a los castellanos, el rey Don Enrique repuso con otra embajada, y otros dones, de que fueron portadores Fray Alonso Paez de Santa María, maestro en Teología; Ruy González de Clavijo, Camarero de Su Alteza, y Gómez de Salazar, su guarda; «e porque la dicha embajada es muy ardua, y a lueñes tierras—dice el propio Ruy González de Clavijo—, es necesario y complidero de poner en escrito todos los lugares e tierras por do los dichos Embajadores fueron, e cosas que los ende acaescieron, porque non cayan en olvido, y mejor y más cumplidamente se puedan contar y saber.» Tres años duró el viaje, desde mayo de 1403, que se dieron a la vela en Cádiz, hasta su retorno y desembarco en San Lucar, a principios de Marzo de 1406. Ruy González, observador y memorioso, nos ha dejado una relación puntual, día por día, de sus aventuras (1). Cinco meses navegaron por el Mediterráneo, en demanda de Constantinopla; con no pocas ocasiones de perecer. Cerca de Sicilia les asaltó una tormenta: «E miercoles a hora de medio día rompió las velas de la carraca, y anduvieron a arbol seco de una parte a otra, de manera que se vieron en gran peligro. E duró la dicha tormenta martes y miercoles fasta dos horas de la noche, e las dichas bocas, señaladamente la de Strangol y Bolcante, con el gran viento lanzaba grandes llamas de fuego y fumo con gran ruido, y durante la tormenta fizo el patron cantar las letanías, e que todos pidiesen misericordia a Dios. E acabada la oracion andando en la tormenta pareció una lumbre de candela en la gabia encima del mástil de la carraca, y otra lumbre en el madero que llaman bauprés, que está en el castillo de abante: e otra lumbre como candela en una vara de espinelo que está en la popa;... E estas lumbres que asi vieron decían que era Fray Pero Gonzalez de Tuy, que se habían encomendado a él, é a otro día amanecieron cerca destas dichas islas, é a ojo de la isla de Sicilia, con buen tiempo seguro.» En Agosto llegaron a la isla de Rodas, mes y medio después a Xio;

(1) Vida y Hazañas del Gran Tamorlán, con la descripción de las tierras de su imperio y señorío, escrita por Ruy González de Clavijo, etc. Madrid, Sancha, 1782.

«desde la isla del Tenio —donde el viento contrario los detuvo trece días— a la mano izquierda pareció un monte muy alto que es en la tierra de la Grecia, que ha nombre Monteston, é dis que ha en él un Monesterio de Monges Griegos, é facen buena vida, que non consienten allí estar mugeres, nin perros nin gatos, nin otra cosa mansa que faga fijos; é non comen carne...; é sin este Monesterio que ha en este monte, ha otros cincuenta o sesenta Monesterios. é que todos los monges dellos visten silicio negro, é que non comen carne, nin beben vino, nin comen aceyte, nin pescado que tenga sangre.» Sonaba el veinticuatro de Octubre cuando los embajadores castellanos ponían el pie en Constantinopla: habían cumplido lo más fácil de su jornada.

Fueron a ver al Emperador: «Fallaronlo en su palacio que acababa de oír Misa, y con él estaba asaz de gente, y recibiolos muy bien, y apartose con ellos en una cámara: y al Emperador hallaron en un estrado un poco alto con unos tapetes pequeños, y en el uno dellos puesto un cuero de leon pardo, y a las espaldas una almohada de tapete prieto con unas labores de oro... é el Emperador tenia allí consigo a la Emperatriz, e tres fijos pequeños machos, é el mayor dellos podía aver fasta ocho años.» Mostraron ganas de ver la ciudad, las reliquias y las iglesias: el Emperador les dió por guía a un su yerno, Micer Ilario Genovés, y los agasajó y regaló cuanto pudo; cierto día volvió de caza y envió a los embajadores medio jabalí, de uno que había muerto.

La grandeza de Constantinopla, la magnificencia de las iglesias, lo fastuoso del culto, la devoción griega, los monumentos de la antigüedad clásica, y las tradiciones, tan vivas, de los orígenes cristianos, dejaron a Ruy González maravillado, como parece en la minuciosa enumeración de cuanto vió; sobre todo, las cosas de la religión le suspenden. De la iglesia de San Juan Bautista escribe: «el cielo deste chapitel y las paredes dél es todo imaginado de imagenes y figuras muy fermosas de obra de musayca, la qual obra de musayca son de unos pedazuelos muy pequeños, que son dellos dorados de fino oro, y dellos de esmalte azul y blanco é verde é colorado, é de otros muchos colores quantos pertenecen para departir las figuras é imagenes y lazos que allí están fechos: así que esta obra parece muy estraña de ver; y allende deste chapitel está luego un gran corral cercado al derredor de casas sobradadas con sus portales, y en él muchos árboles y acipreses, é a par de la puerta de la entrada del cuerpo de la Iglesia está una fermosa fuente so un chapitel que está armado sobre ocho mármoles blancos, y la pila de la fuente es de una loza blanca, y el cuerpo de la Iglesia es como una quadra redonda, y encima un chapi-

LA PLUMA

tel, y es muy alta é armada sobre marmoles de jaspe verdes; é de frente como
ome entra están tres capillas pequeñas en que estan tres altares, é el de en
medio es el mayor, e las puertas desta capilla son cubiertas de plata sobredo-
rada... E en el cielo alto está una figura de Dios Padre, é las paredes desta ca-
pilla son desta obra misma fasta cerca del suelo, y dende ayuso de losas verdes
de jaspe, e el suelo de losas de jaspe de muchos colores fechas a muchos lazos,
é esta capilla estaba cerrada toda al derredor de sillas de madera entretalladas
muy bien fechas, é entre cada silla estaba uno como brasero de laton con ce-
niza, en que escupe la gente porque non escupa en el suelo, é muchas lámpa-
ras de plata y de vidrio.» Por el mismo paso describe no sé cuantas iglesias,
sin olvidar, claro es, Santa Sofía; y el Hipodiamo, la columna de Justiniano, y
unos obeliscos cuya significación se le escapa. Muéstranle las reliquias guarda-
das en la iglesia de San Juan: «los Monges revestieronse, é encendieron mu-
chas hachas é cirios, e tomaron las llaves, é cantando sus cantos sobieron a
una como torre, do estaban las dichas reliquias, e con ellos un caballero del
Emperador, é decendieron un arca colorada, é los Monges venían trabados de-
lla diciendo sus cantos muy dolorosos, e las hachas encendidas, e muchos in-
censarios ante ella, é pusieronla en el cuerpo de la Iglesia sobre una mesa alta
que era cubierta de un paño de seda: la qual arca estaba sellada con dos se-
llos de cera blanca, que estaban echados a dos aldavillas de plata.» Y lo que
Ruy González vió sacar del arca fué esto: el pan que el jueves de la Cena dió
Jesucristo a Judas; una ampolla con sangre de la que salió por el costado del
Señor cuando Longinos le dió la lanzada; barbas de Nuestro Señor Jesucristo,
de las que le mesaron los judíos; un pedazo de la piedra en que pusieron a
Jesucristo cuando lo descendieron de la cruz; el hierro de la lanza de Longi-
nos; un pedazo de la esponja en que le dieron a gustar la hiel y el vinagre; y
la vestidura de Jesús, sobre la que echaron suertes los caballeros de Pilatos:
era forrada de un cendal colorado, y la manga era: «angostilla, de las que se
abrochan, y era fendida hasta el codo: tenía tres botoncillos fechos como de
cordoncillo, así como ñudo de pigüelas, e los botoncillos é la manga, é lo que
se pudo ver de la saya, pareció de color colorado oscuro como de color rosa-
do.» Cuando los embajadores visitaron estas reliquiss, la gente que lo supo se
llegó a verlos, y lloraba y hacía oración.

Los castellanos invernaron en Constantinopla: el barco en que se habían
aventurado —corriendo ya noviembre— a salir al mar, una borrasca lo desbara-
tó; milagrosamente llegaron a tierra, y salvaron los regalos que llevaban del rey

Don Enrique al Tamorlán. En marzo, al declinar la invernada, la primera nave que se atrevió a salir, fué la suya; y un mes más tarde, recorridas las novecientas millas que les separaban de Trapisonda, desembarcaban en este puerto armenio. Ya pisaban tierra tributaria del gran Tamurbec; un año se cumplía desde que partieron de Cádiz; pudieran creerse muy cercanos al término de sus fatigas: en rigor, comenzaba entonces lo más áspero del viaje. Quisiera Ruy González alcanzar al Tamorlán en sus cuarteles de invierno; cuando les llegaron nuevas ciertas del Señor, supieron—no sería sin espanto—que había alzado los reales (el Ordo) y con su corte y su innumerable hueste se iba a Samarcanda, donde los esperaba. Emprendieron una cabalgada furiosa, por tierras de Armenia, Persia y el Korasan, siguiendo el alcance del Tártaro. Cinco meses vivieron a caballo, galopando día y noche, sin dormir, abrasados de calor, de sed, enfermos; algunos murieron. Pasaban por ciudades pobladísimas, bien abastecidas (Arsinga, sobre el Eufrates, «uno de los ríos que salen del Paraíso»; Erzerum; Soltania; Teherán; Tauris o Tabriz, junto al «mar de Bacú»); los deudos y aliados del Tamorlán, sus lugartenientes y vasallos colmaban de agasajos a los molidos embajadores, proveíanlos de ropas y caballos, ostentaban su riqueza y poder en banquetes abrumadores, en fiestas vertiginosas; en las comarcas yermas hallaban cabalgaduras de refresco, guías y escoltas... En situación tan privilegiada, los asendereados emisarios del rey Don Enrique iban perdiendo la vida. El favor y la protección del Tamorlan eran tan temibles como su enemistad. Había ordenado que los castellanos «se fuesen en pos de cuanto más pudiesen»; y los legados tártaros que los guiaban y honraban, sabiendo que el más breve retraso, la apariencia de un descuido, les costaría la pelleja, no los dejaban respirar: lleváronlos con celeridad mortal. No podía resistirlo el reverendo Maestro en Teología, ni el mismo Ruy González, habituado sin duda a «cabalgar en mula gruesa» por las vegas apacibles de Arlanza y Pisuerga. Así es que el rigor y los favores venían mezclados. Más allá de Teherán, tropezaron con un gran privado de Tamurbec: «dioles sendas ropas de camocan a los dichos embajadores; é al dicho Ruy Gonzalez dio mas un caballo grueso é amblador, que prescian ellos mucho al que amblea, guarnido de silla é de freno muy bien según su usanza; e otrosí le dio una camisa e un sombrero». Con camisa y sombrero regalados pasábanlo muy mal. «E el Maestro en teologia, é Gomez de Salazar eran ya dolientes, é Ruy Gonzalez se sentia ya un poco mejor, é pieza de la gente de los Embajadores estaban eso mesmo dolientes». Dejaron a siete del séquito en aquel lugar, y dos de ellos allí murieron.

LA PLUMA

Era en lo más fuerte del verano; el 15 de julio durmieron al raso, tras de dos jornadas por camino fragoso, entre montañas, muy calientes, sin habitación humana. Al otro día, el viento era tan caliente que parecía salir del infierno; murió sofocado uno de los halcones que llevaban. A veinte de julio entraron en una gran ciudad. Un caballero los aguardaba, por mandado del Tamorlán; como no pudieron ir a comer con él, de enfermos que estaban, enviéles viandas y frutas a la posada; después de comer les rogó que fuesen a verle. Ellos dijeron que ya conocía su estado, que no podían levantarse; pero insistió en forma que hubo de ir el teólogo a cumplir por todos. Al instante, aquel caballero les pidió que cabalgasen de nuevo, y que anduviesen, como mandaba el Señor, de día y de noche. Tuvieron que partir; «estaban tan flacos que eran más cerca de la muerte que de la vida. E el dicho Caballero fízoles poner en las sillas unos maderos en los arzones delanteros atravesados con sendas almohadas en medio, en que fuesen echados de pechos, e desta guisa ovieron de partir de aquí, e anduvieron este día é toda la noche, e fueron dormir en el campo cerca de una aldea despoblada.» Los restantes días del mes de julio, y el mes de agosto, trajeron idénticos afanes; la notación de Ruy González es monótona. A fines de julio salieron de una ciudad el mismo día que llegaron, y anduvieron día y noche; aunque quisieran parar, no los dejaban. Y aún de noche, el calor era sofocante, con viento recio, ardiente. Gómez de Salazar, uno de los embajadores, se puso a morir; no hallaron agua en todo este camino, ni se pararon más que para dar cebada. A cinco leguas de la gran ciudad de Nixaor, un Mariscal de la hueste salió a recibirlos; supo que habían dejado a Gómez de Salazar en una aldea y volvió por él; lo halló que no podía tenerse; ordenó que hicieran unas andas, y puso al dicho Gómez en ellas; unos hombres lo llevaron auestas hasta la ciudad, donde murió. Cruzaron luego un yermo que duraba cincuenta leguas; y después otro de doce leguas, donde creyeron morir de sed. Salieron una noche a las dos, con gran calor. Y en el camino no hallaron agua; en todo el día siguiente tampoco tuvieron qué beber. Ya no podían mover los caballos; tuviéronse por perdidos. Pero un mozo del Maestro tenía un caballo un poco más recio que los otros, se adelantó y llegó a un río, «é unos camisones que llevaba en la mano mojolos en el agua, é tornó con ellos quanto mas pudo, é bebieron lo que del agua dellos pudieron alcanzar...» Corría septiembre cuando llegaban a Samarcanda. La recepción maravillosa que les dispensó el Tamorlán, el esplendor bárbaro de su corte, la extrañeza de las costumbres, la variedad de naciones allí presentes, cautivaron a los castellanos, haciéndoles

olvidar, o tener por bien empleadas, las penalidades del camino. Ruy González, a lo menos, agota, en la descripción de las increíbles fiestas de Samarcanda, su capacidad enumerativa.

No difieren esencialmente aquellas fiestas de lo que hoy aún se usa en la hospitalidad de los príncipes: recepciones y comidas en Palacio; simulacros militares; visitas a lugares y monumentos célebres. Bajo el Tamorlán, todo eso adquiriría una magnitud aparentemente sobrehumana. Recibió a los castellanos en una huerta y casa que tenía fuera de la ciudad; la entrada de la puerta era grande y alta, hermosamente labrada de oro y azul y de azulejos; porteros de maza la guardaban, que no osaba acercarse nadie; y por la parte de adentro, hallaron «seis marfiles que tenían encima sendos castillos de madera con dos pendones en cada uno». Caballeros de la corte del Tamorlán, tomando a los embajadores por los sobacos, lleváronlos delante del Señor. Estaba en un portal, sobre un estrado llano en el suelo; ante él, una fuente lanzaba el agua hacia arriba, muy alto; en la fuente había unas manzanas coloradas. Sentado en unos almadragues pequeños de paños de seda bordados, el Señor apoyaba el codo sobre unas almohadas redondas. Vestía ropas de paño de seda raso sin labores; en la cabeza tenía un sombrero blanco alto con un balax encima, con aljofar y piedras. Llegados los Embajadores ante el Señor, hicieronle tres reverencias y quedaron de hinojos en el suelo. El Señor mandóles levantar y que se acercasen: «... é esto cuido que lo facia por los mirar mejor, ca non veia bien, ca tan viejo era que los párpados de los ojos tenia todos caidos; é non les dio la mano a besar, ca non lo han de costumbre». Preguntóles por el Rey, diciendo: «¿Cómo está mi fijo el Rey? é cómo le va? e si era bien sano.» Los Embajadores le respondieron, y escuchó todo lo que quisieron decir; cuando acabaron, el Tamurbec se volvió a unos Caballeros sentados a sus pies, y dijo: *Catad aquí estos Embajadores que me envía mi fijo el Rey de España, que es el mayor Rey que ha en los Francos, que son en el un cabo del mundo; é son muy gran gente é de verdad; é yo le daré mi bendicion a mi fijo el Rey: é abastára farto que me enviara él a vosotros con su carta sin presente, ca tan contento fuera yo en saber de su salud y estado, como en me enviar presente.*

Dichos los discursos, y puestos los Embajadores en su estrado, comenzó el banquete. Nada frugal, en verdad, y poco acepto a nuestros paladares. Pondremos aquí la tabla:

COMIDA DEL TAMURBEC EL 8 DE SEPTIEMBRE DE 1404 EN HONOR DE LOS EMBAJADORES DEL SEÑOR REY DE ESPAÑA:

LA PLUMA

Caballos asados.

Carneros cocidos y adobados.

Tripas de caballos.

Cabezas de carnero.

Caldo con sal.

Albóndigas.

Leche de yegua con azúcar.

Melones, uvas, duraznos.

El orden del servicio fué de este modo. Los caballos y carneros poníanlos en unos cueros como de guadamacir redondos, muy grandes, y con asas de que tiraba gente. En cuanto el Señor demandó la comida, trajeron aquellos cueros arrastrando y los dejaron a veinte pasos del Señor; vinieron cortadores, e hincáronse de hinojos ante los cueros; traían ceñidos unos paños de labor, y en los brazos unas mangas de cuero porque no se untasen; echaron mano de aquella carne, «é facian piezas della, é ponian en bacines, dellos de oro, y dellos de plata, é aun dellos de barro vedriado, e otros que llaman porcellanas, que son muy preciados e caros de aver». El pedazo de honor eran las ancas del caballo enteras con el lomo sin piernas; en los tajadores ponían también lomos de carnero con sus piernas sin los jarretes, pedazos de las tripas de los caballos redondas como el puño, cabezas de carneros enteras. Así preparadas las raciones, pusieron en hileras los tajadores; luego vinieron unos hombres con escudillas de caldo, echaron sal en ello, deshiciéronla, y fueron vertiendo en cada tajador un poco, como salsa; o tomaban unas tortas de pan muy delgadas, y doblábanlas en cuatro dobleces, poníanlas sobre la vianda de los tajadores. Esto hecho, los privados del Señor, y los mayores dignatarios asían los tajadores de dos en dos, o tres, pues un hombre solo no podría llevarlos, y poníanlos ante el Señor, ante los Caballeros y Embajadores. El Señor envió a los Embajadores dos tajadores de los que ante él estaban. Apenas servida esta vianda, la levantaban y ponían otra. Era costumbre llevar cada uno a su posada la vianda que allí le diesen; y el no hacerlo así, tendríase por baldón. Así que levantaron lo cocido y asado, sirvieron carneros adobados, albóndigas y otros guisos: después, mucha fruta, «é dieronles a beber con unas escodillas, o aguamaniles de oro é de plata, leche de yeguas con azúcar, que es un buen brebaje que ellos hacen para en tiempo de verano».

Este régimen soportaron los embajadores castellanos hasta primeros de noviembre, casi dos meses, a razón de uno o dos banquetes por semana, cuando

no eran tres. Fiestas en su honor, alardes bélicos, bodas en palacio, recepción de otros embajadores: todo se volvía comilonas. Ruy González vió llegar la embajada de una tierra lindante con el Catay, y nota con cierta sorna el atavío de los embajadores. El principal traía un tabardo de pellejos, el pelo por fuera, «é eran estos pellejos mas viejos que nuevos»; en la cabeza traía un sombrero tan pequeño, que lo llevaba encasquetado por fuerza, para que no se le cayese. Los que venían con él, vestían pellejos, y «parecían ferreros que salían de labrar fierro». Recibiólos Tamurbec con las ceremonias ya vistas de los castellanos. Para la fiesta militar mandó el Señor armar muchas tiendas para sí y sus mujeres en una gran llanura, y que se juntase toda la hueste que por allí andaba esparcida. En tres días se juntaron más de veinte mil tiendas, en derredor de las del Señor, y no cesaba de llegar gente por todas partes. Había también en el real carniceros y cocineros, que vendían carne cocida y asada; otros vendían fruta; horneros que amasaban y vendían pan; y todos los oficios necesarios; «é aun traen mas, por do quiera que van en hueste, baños e bañadores, los quales arman sus tiendas, é facen sus casas para los baños de fierros, que son calientes, y dentro sus calderas en que tienen y calientan su agua». La tienda del Señor era muy alta, cuadrada, como de cien pasos, y el techo abovedado; armábase sobre treinta y seis mástiles pintados de azul y oro, y la sostenían quinientas cuerdas coloradas; el forro era de tapete carmesí, con entretallamientos de otros paños de seda de muchos colores, bordado a trechos de hilo de oro; la guarnición de fuera, paño de seda, con bandas negras, blancas y amarillas. En cada esquina sobresalía un madero alto con una manzana de cobre y una figura de luna encima; en el centro otros cuatro maderos, con sendas manzanas y lunas muy grandes. Las tiendas de las mujeres del Señor no eran menos ricas.

Ocho de estas mujeres vió Ruy González en una fiesta ofrecida por un nieto del Señor, «bazo é sin barbas». La una se llamaba Caño, que quiere decir Reyna o señora grande; otra Quinchicano, que quiere decir «la señora pequeña»; la última de todas se llamaba Yauguyaga, o sea Reina del corazón; estaba en la luna de miel: se había casado con el Tamorlán hacía dos meses. Apareció la primera mujer, o señora grande, con este pergenio: vestidura de paño de seda colorado, labrado de oro, muy ancha y baja, que le arrastraba, sin mangas, ni otra abertura que la del cuello, y unas sobaqueras por donde sacaba las manos; no tenía talle, y como era tan ancha en lo bajo, quince dueñas iban alzándole la falda para que pudiese andar; «traía en la cara tanto albayalde, o otra cosa

LA PLUMA

blanca, que non parecía sino como un papel; e esto se pone por el sol»; delante del rostro, un paño blanco delgado, y en la cabeza una cimera de paño colorado, muy alta, con mucho aljofar grueso, turquesas y otras piedras; en la cimera una guirnalda de oro y piedras, y sobre ella un castillejo, con tres balajes clarísimos, y un plumaje blanco tan alto como un codo; caían algunas plumas hacia abajo, a la altura de los ojos, y se ataban con hilos de oro; en el cabo, una borla blanca de plumas de aves, con aljofar. Y al andar, movíase el plumaje de una parte a otra. Varias dueñas, de trescientas que venían con la reina, sostenían la cimera. La imponente señora caminaba bajo una sombrilla de seda blanca que llevaba un hombre en un asta como de lanza.

Idéntico aparejo mostraron las otras siete mujeres del Señor, y la mujer de su nieto. Puestas en sus estrados, comenzó el beber. En las fiestas del Tamorlán, la ceremonia del vino era de las más rigurosas: la etiqueta exigía, sin excusa, la embriaguez. Ruy González, como buen castellano, era muy sobrio, y no lo cataba. Los tártaros no querían creerlo, pero respetaron su gusto, y era conocido por «el que no bebía vino». El teólogo, sí; bebió de manos de la reina. Supónese que el bueno de Fray Alonso Páez rodaría por el suelo, trastornado, por no desairar al terrible Tamurbec. Ya en el segundo banquete, el Señor mandó que bebiesen vino, y lo bebió él, porque no se atrevían a beberlo, en público ni a escondidas, sin su licencia. Daban el vino antes de comer; «y dan a beber a tantas veces y tan amenudo, que face los omes beodos; é non terrian que sería alegría nin fiesta, si non se embeodasen». Los coperos servían una taza tras otra. Daban las tazas llenas, y no había de quedar vino en ellas; a quien lo dejaba, no le querían tomar la taza: «é si dixeren que beba aquel vino por amor del Señor, o si le conjuraren por la cabeza del Señor, hanlo de beber todo, que una sola gota non dexen. E el ome que esto face e mas vino bebe, dicen que es bahadur, que dicen ellos por ome recio; é el que refierta que non quiere beber, facen le beber, aunque non quiera». Para temprarlos, el Señor enviaba a los castellanos, antes de la fiesta, un cántaro de vino, rogándoles que lo bebiesen, para que llegasen ante él «bien alegres». La gran señora, la reina Caño, llamó junto a sí a los embajadores, en otra comida, y les dió a beber con su propia mano, y porfió con Ruy González por hacerle beber vino. «Tanto fué el beber, que se caían delante della los omes beodos, sozabrados: é esto han ellos por muy gran nobleza».

La mayor fineza de Tamurbec, fué sin duda la de mostrar a los españoles cómo administraba justicia. En las bodas de un su nieto, convidó a toda su

corte, y a los mercaderes de Samarcanda les mandó que fuesen a vender sus cosas en el campo donde él estaba; resultó una feria monstruosa. Hizo poner en el campo muchas horcas, porque entendía hacer bien a unos, y ahorcar a otros. Ahorcó primero a un Alcalde mayor, personaje principalísimo en el Imperio, porque había usado mal su oficio; y a otro que habló por el alcalde, lo ahorcó también. Y a un privado que ofreció por el rescate de aquellos dos la suma de cuatrocientos mil reales de plata, le tomó el dinero, y tras de mandarlo atormentar para que diese más, lo ahorcó por las piernas, hasta que murió. Y lo mismo a unos tenderos porque vendían las cosas en más de su precio justo. Donde los bárbaros nos brindaron un ejemplo poco imitado.

La embajada terminó de súbito, y los castellanos fueron despachados a su país con menguada cortesía. Enfermó el Tamorlán; Ruy González esperó en vano la audiencia de despedida. No le vieron más. Cuando los deudos y privados del Señor, conociendo que se moría, empezaban a disputarse la herencia de tan insigne animal, dijeron a los embajadores que se fueran, que no estaban para huéspedes. Resistíase Ruy González, esperando sin duda recoger la bendición para su amo Don Enrique III, pero en tales modos debieron de decirselo, que prefirieron cabalgar, desandando el camino hasta Trebisonda, en demanda de la ruta de España. No hago memoria de los sucesos del retorno, que no fué, por tierra ni por mar, menos tempestuoso que la ida.

De cuanto alcanzó a ver Ruy González en su fascinante aventura, nada le impresionó, si se juzga por la detención en describirlos, más que los elefantes; como no fuese el aparejo de la reina Caño. Catorce de aquellas máquinas de guerra tenía el Tamorlán: «é los dichos marfiles—escribe Ruy González—eran negros, é non han pelo ninguno salvo en la cola, la qual han como camello, con unas pocas de sedas, é eran grandes de cuerpo, que podían ser como quatro o cinco toros grandes; é el cuerpo han mal fecho, sin talle como un gran costal que estoviese lleno, é las cintas han derrocadas facia ayuso como bufano, é las piernas muy gruesas é parejas, é el pie redondo todo carne, é tiene cinco dedos en cada uno con sus uñas como de ome negras, é non han pescuezo ninguno, salvo luego en las agujas, que las ha muy grandes; tiene la cabeza apegada, é non puede abajar la cabeza ayuso, nin puede llegar la boca a tierra: é han las orejas muy grandes é redondas é farpadas, é los ojos pequeños: é tras las orejas va un ome caballero que lo guía con un focino en la mano, é le face andar a do quiere: é la cabeza ha muy grande, fecha como una albarda de asno pequeña, é encima de la cabeza ha un foyo, é de la cabeza se sigue ayuso, do ha

LA PLUMA

de tener la nariz, una como trompa, que es muy ancha arriba, é angosta ayuso todavía, más como manga que le llegaba fasta el suelo; é esta trompa es foradada, é por ella bebe; quando ha gana, métela en el agua é bebe con ella é vale el agua a la boca así como si le fuera por las narices: otrosí, con esta trompa pace ca non puede con la boca, que se non puede abajar; é toma en esta trompa, quando quiere comer, é revuélvela a la hierba, é tira e siégala con ella, como si fuese un focino, é de sí apáñala con aquella trompa, é face un vulto, é revuélvela aquella, e métela en la boca, é de sí cómela; é con esta trompa se mantiene, é nunca la tiene queda, saluo con ella faziendo vueltas como culebra; é esta trompa echala en el espinazo, é non dexa lugar en todo su cuerpo onde non llega con ella; é debaxo desta trompa tiene la boca, e las quixadas debaxo tienelas como de cochino, é como de puerco: é en estas quixadas como debajo tiene dos colmillos tan gruesos como la pierna de un ome, é tan altos como una brazada. E quando lo facen pelear, en estos colmillos trae unas argollas de fierro, é en ellas le ponen unas espadas, que son fechas como espadas de armas encanalada. é non es más luenga que el brazo... E con estos marfiles facían este día muchos juegos, faciendolos correr tras caballos é tras la gente, que era gran placer: é quando todos corrían juntos en uno, parecía que la tierra facía mecer en aquel derecho; é non ha caballo nin alimania tras quien vaya, que le ose esperar. E tengo de verdad segun lo que en ellos vi, que en una batalla deben ser contados cada uno por mil omes».

En marzo del 406, los embajadores rendían viaje en Alcalá de Henares, ante el rey de Castilla, Don Enrique. El cual, dice el señor de Batres, era «triste y enojoso. Era muy grave de ver e de muy áspera conversacion, ansí que la mayor parte del tiempo estaba solo é malenconioso».

No se sabe que este rey tuviese, como lo tuvo el Tamorlan, un anillo con una piedra de tal propiedad que cuando alguno decía mentira en su presencia, la piedra mudaba de color. Aun sin esa libertad, Ruy González traía un cuento verdadero, que alegraría a los más saturninos. Ruy González no se dió por pagado con esclarecer—si lo esclareció—con su relato el sombrío semblante de su amo. Él había visto tales prodigios como pocos españoles los vieran, ni otro alguno había de verlos mayores hasta que las Indias se descubrieron. Y se puso a ordenar su diario gravemente, sin ponderaciones, ni comentarios alabanciosos; estaba lleno de sabiduría, y escribió como si la posteridad que hubiese de leerle poseyera el anillo del Tamorlán. Ignoro qué fué de fray Alonso Páez, el teólogo. Acogido al reposo de su convento, si volvió a beber

vino—que sí bebería—gustó a lo menos la suave licencia de beberlo sin etiqueta, con remanso y moderación.

* * *

No me consolaría de haber escrito estas liviandades, si el ejemplo de Ruy González no viniera pintiparado al caso en que hoy está España. La visita del Sofi nos ha comprometido; a lo menos, nos compromete a devolvérsela. Oigo decir que España debe arrancarse de su aislamiento. Somos una impotencia ultramarina y musulmana: esto, a mucho nos obliga. Bien estuvo enviar al Sr. Francos Rodríguez a contarles cuentos tártaros (bebidos Dios sabe en qué fuentes), a nuestros hermanos de América; no estará peor enviarle al Sofi un caballero cortesano que dé testimonio por la fraternidad hispanopersa. Ha de ser «bahadur», hombre recio, capaz de resistir la cocina persiana; audaz, disertado, y, por guardar el estilo antiguo, camarero del Rey. Nadie como el señor Lerroux se acerca a esa talla. Tiene recientitos, por añadidura, los estudios. ¡Qué libro escribiría a su retorno! *Quinientos años después*, segunda parte de la *Vida* de Ruy González. La agudeza del Sr. Lerroux no dejaría de penetrar en el fondo de esta situación: al cabo de cinco siglos, en Oriente y en Occidente estamos como en los días de Enrique III. Turcos y griegos pelean por Constantinopla; Mustafá es un Bayeceto chico. Españoles y moros, seguimos con nuestras guerras civiles; los adelantados de Larache, de Ceuta, de Melilla, reemplazan a los de Cazorla, de Alora, de Carmona; todavía la Providencia no nos ha quitado, a griegos ni a españoles, la comisión de repeler de Europa a la Media Luna. ¡Comisión onerosa! Se impone, pues, que el Sr. Lerroux lleve un coadjutor teólogo. Valdría ese frailecito métome-en-todo, que iba por el Rif blandiendo un Cristo, y azuzaba a los fieles contra la morisma. Pero sería mejor don Ramiro de Maeztu, que entiende mucho de encargos ultraterrenos y miras celestiales.

M. A.



TRA vez he de comenzar esta crónica hablando de premios literarios, puesto que la concesión del Gran Premio Balzac, ha sido el acontecimiento de estos meses, en espera de la concesión del premio Goncourt, que se hace a fin de año.

El gran premio Balzac es nuevo, y se ha concedido tras enconada lucha, tras innumerables discordias, tras una dilatada cadena de intrigas que dejan tamañito cuanto habíamos visto hasta ahora en ese orden. La diplomacia ha maniobrado en este asunto hasta el momento de votar; el premio se ha dividido en dos, para contentar por igual a los dos partidos que mantenían la lucha.

Sabido es que los ganadores en ese *steeple-chase* son los señores Emile Baumann y Jean Giraudoux.

De esos dos escritores, Jean Giraudoux es, sin disputa, el más original. Por la índole de su ingenio y de sus observaciones, por su estilo, el autor de *Suzanne et le Pacifique* merece figurar entre los mejores novelistas jóvenes. Es irónico y sensible, dotado de una agudeza extraordinaria para descubrir entre las cosas relaciones inéditas, traduciéndolas en un lenguaje jugoso; es un escritor esencialmente nuevo en el fondo y en la forma. Su manera es a la literatura francesa lo que fué la de los Goncourt respecto de la literatura de su tiempo. No es probable, sin embargo, que M. Jean Giraudoux tenga la influencia que los autores de *Manette Salomon*. Hay en él cierto hermetismo de pensamiento que no podrá ser vulgarizado nunca. Sería muy extraño que este autor se hiciese popular.

M. Emile Baumann es un novelista de muy distinta vena. Podría decirse del autor de *L'Immolé*, que es un Huysmans para clases pobres. Le falta precisamente esa gran originalidad concedida a su contricante. Posee una aspereza, un vigor, una pasión *a la manera de...* Huysmans, pero todo ello atenuado, desleído, deslavazado. El premio Balzac representa para él una lotería, porque acaso le permita conquistar cierto público que le reciba en calidad de autor-original-sin-quebraderos-de-cabeza, que tanto gusta a las multitudes.

* * *

El nombre del conde de Gobineau no es desconocido para los lectores de LA PLUMA. La estrella de ese escritor, contemporáneo de Stendhal y de Meri-

mée, de la misma estirpe que estos novelistas, y muy semejante a ellos por a índole del ingenio; diplomático, gran viajero, observador original, y, sobre todo, *dilettante*, se remonta ahora velozmente sobre el horizonte literario.

Han reeditado primeramente *Ternove*, obra de juventud, no bien apreciada, por desgracia suya, cuando se publicó, pero obra curiosísima, que puede incluso aproximarse, y no es chico elogio, a la *Chartreuse de Parme*.

No sólo trata en ella superiormente la psicología de los sentimientos, pero la narración corre con presteza, sin tropiezos ni rodeos, con toda la concisión posible. Breves frases, cargadas de sentido; emociones contenidas en una línea, observaciones rápidas que son como chorros de luz fulgurantes en el alma de los personajes. Libro cautivador para intelectuales.

Después de *Ternove* han reeditado *Trois ans en Asie*. Narración de viaje, del año 1855, que por el Mediterráneo, Egipto y Siria nos lleva a Persia. Nunca brilla el conde de Gobineau como en la narración de sus remotas jornadas y en la descripción de paisajes y costumbres exóticos. Nadie ha conocido y sentido el Oriente como Gobineau. Con cualidades distintas de las de Pierre Loti, y diferente ánimo, y medios de investigación desemejantes, acertó a infundir vida a esos países, sumidos en su marasmo eterno. No debe dejar de leerse su descripción de la Persia de ayer, si se quiere apreciar la originalidad de su visión y lo que vale ante la realidad.

* * *

He hablado aquí detenidamente, hace tiempo, de M. Louis Bertrand. El autor de *La Cina* acaba de enriquecer su obra con una nueva novela: *Cardenio, l'homme aux rubans couleur de feu*.

En esas páginas, ardientes como la llanura de Andalucía bañada de sol, se evoca la España del siglo xvii, una España caballeresca, sentimental y sensual, donde el héroe cumple prodigios de valor en pro de Luisa de Orleans, sacrificada por Luis XIV a la razón de Estado, al casarla con el doliente Carlos II. El autor conduce la intriga con soltura y brío. Luce las cualidades todas del género de novelas de aventuras. Bien estaría esto, si no nos acordásemos de obras anteriores del mismo Bertrand, y si no lamentásemos que el autor de *Pépète*, de *l'Invasion*, y tantos otros libros nobles, se lance ahora por aquel camino. Bien comprendemos que en la carrera literaria de M. Louis Bertrand, esta última obra puede no ser más que una diversión. Esperemos impacientes que el

LA PLUMA

autor de *La Grèce du soleil et des paysages* retorne al género descriptivo, en que es maestro.

* * *

Es M. Georges Duhamel, como todo el mundo sabe, uno de los grandes escritores franceses revelados por la guerra; conocida es la piedad honda y pungente con que ha contemplado el dolor, todos los dolores que ha encontrado durante aquellos años atroces. Idéntico altruísmo apasionado acaba de inspirarle un libro delicioso sobre los niños, *Les Plaisirs et les jeux*.

¡Con qué paciencia atiende a esos seres frágiles y delicados! La misma paciencia que mostró, en las salas lúgubres del hospital, acerca de los heridos, de los enfermos, de los agonizantes. Pero esta vez, lo que recoge es vida, vida joven y ardiente. Ante él, la infancia maravillosa, y, en cierto modo, mágica, le llama, y Georges Duhamel acude, porque la bondad infinita desborda de su corazón. Los juegos de Cuib y de Tioup, son dignos de figurar en la galería de niños celebrados por los más grandes artistas.

* * *

Pasemos ahora a las novelas de aventuras. Cada día se publica alguna.

M. Louis Chadourne, uno de los novelistas jóvenes que más llaman la atención, nos cuenta, con el título de *Le Pot au noir*, mezclando muy felizmente el realismo, la poesía y el humor, una travesía a los países del sol. Tras una parada en Guadalupe, y una estancia en la Guyana, nos lleva al país de los caribes; después, el retorno, ilustrado con no pocas aventuras en los países civilizados. Son admirables, sobre todo, las escenas en los trópicos. También en el libro de M. René Bizet, *Aves-vous vu dans Barcelone?*, pululan los aventureros, en cabarets y tugurios de los puertos de escala, en expendidurías de alcohol frecuentados por público cosmopolita. Membranza de la vida en el mar y en tierras remotas, visiones rápidas, en un estilo limpio, *Ophelia*, de M. M. Marius-Ary Leblond, es una narración en extremo animada: la de un naufragio en los arrecifes de coral de Mozambique y el desembarco en la isla de San José de Atrena, islote deslumbrador, donde, bajo un cielo implacable, se anuda y se desenlaza un drama intenso y veloz.

* * *

Entre los libros de crítica y de historias literarias publicados en estos últimos meses, hay que señalar dos muy notables. *Lamennais*, de M. F. Duine, es

una biografía crítica admirable, una obra preciosa, rara, dedicada al autor de las *Paroles d'un croyant*. Cuantos aman la suave imagen del buen «Monsieur Féli», pasando y repasando bajo los árboles centenarios de La Chêснаie, en Bretaña, volverán a encontrar a su autor predilecto en estas páginas, donde se nota además el ascendiente extraordinario, el prestigio único que el solitario bretón ejercía sobre sus discípulos: «Su influencia—dice M. F. Duine—es una de las más considerables que ha habido en el orden de las ideas religiosas y de las ideas democráticas. En la Iglesia, renovó la apologética y la elocuencia sagrada. Contribuyó a la consolidación del centralismo en el Gobierno romano... Creó el liberalismo católico. Inspiró el socialismo cristiano. Preparó el establecimiento de todas las libertades que el tiempo ha ido justificando e imponiendo.»

El segundo libro de historia literaria es una obra deliciosa de M. Edmond Pilon, titulada *Mademoiselle de la Maisonfort*. Leyendo esta novelita verídica, que se desenvuelve en el siglo xvii, en la Casa de Saint-Cyr, se echa de ver en qué consiste la calidad del historiador literario, y cómo, valiéndose de fragmentos de historia, puede evocarse todo el pasado. El autor de los *Portraits français* posee una manera muy personal de ver y presentar los sucesos. Dotado de sensibilidad exquisita, un poco lacrimosa, con un estilo gracioso y seductor, es el pintor nato de las almas femeninas, o de las almas masculinas sumamente tiernas. Todas esas cualidades reaparecen en el curso de esta narración, colocada en la sociedad de Versailles y del Gran Siglo.

Para terminar con las publicaciones literarias, señalaré la aparición de los primeros fascículos de una interesantísima empresa de librería, bajo la dirección de M. Eugène Montfort. Se trata de una obra crítica, biográfica, bibliográfica y anecdótica, titulada *Vingt-cinqs ans de littérature française*, que constituirá, cuando esté acabada, el cuadro de la vida literaria desde 1895 a 1920. En ella se examina todos los géneros literarios, así como las diversas instituciones tocantes con la literatura. Un fascículo estará consagrado a los premios, otro a la Academia, otro a los pleitos literarios, otro a las escuelas y capillas, otro a los tipos curiosos y pintorescos, etc... Es decir, que presentará a lo vivo lo que ha sido la historia de las letras francesas desde hace veinticinco años. Los dos fascículos primeramente publicados, uno sobre la Academia francesa, otro sobre la Academia Goncourt, permiten hacer buenos augurios de toda la serie.

* * *

LA PLUMA

La temporada teatral se halla aún en los comienzos, y no es posible, por tanto, hacer el balance de lo que nos ha traído. Dos obras tan solo—de género muy diferente—son dignas de señalarse: la una, representada en el teatro de l'Oeuvre, se llama *L'Enfant truqué*, y su autor, muy joven, es M. Jacques Natanson; curioso estudio, un poco enfermizo, maravillosamente representado puesto en escena por Lugné Poe. La otra obra es un drama en verso, de M. François Porcher, *Le Chevalier de Colomb*. Las aclamaciones entusiastas que estallaron al bajar el telón, declaran la impresión profunda que la obra, de alto vuelo poético, produjo en los espectadores. La poesía es muy nueva, de una sencillez y una amplitud que han sorprendido incluso a los que sabían cuán bellamente se expresa M. Porcher. Rindamos a la Comedia Francesa el honor que se merece por tan brillante jornada.

JULES BERTAUT.

ALEMANIA



LIBRERÍAS.—Hay en Alemania tantas librerías como tabernas en Francia. Cada calle tiene la suya, y también cada aldea. Poseen todas opulentos escaparates; me guardo de hacer el inventario, pero el viajero encuentra siempre en ellos los mismos nombres, los mismos títulos; voy a hablar de ellos, es decir, de autores y obras que no hayan sido mentados hasta ahora en mis crónicas, situando a cada cual en su generación.

Seré parcial, bien lo sé; voy a dar ocasión para que me llamen arbitrario. Me conformo tanto más fácilmente, cuanto que desde mi primer artículo manifesté mi propósito de substraerme a toda clasificación, a toda imposición. No tengo, pues, obligación de jugar a historiador de la literatura, ni de presentar, con apreciaciones críticas robustas, la lista de todos los poetas, dramaturgos, novelistas y ensayistas que han ilustrado o ilustran las letras alemanas del siglo xx.

Hay algunos de ellos, muy célebres, de quien me negaré a hablar; por ejemplo, toda la familia de los Ida Boy-Ed. Hay otros, cuya popularidad es menor, pero que alcanzan éxito ruidoso, como Bernhard Kellermann y Herbert Eulenberg: la estimación y el respeto que su esfuerzo me inspira, no me consienten

hablar mal de ellos; y la muy limitada admiración que siento por su obra, me impide alabarlos.

Existe, en fin, toda una serie de autores, muy apreciables, a quien profeso sincera y viva simpatía, pero que pertenecen a una edad ya pasada, y son, en cierto modo, muertos prematuros. Evocaré solamente a los austriacos Hugo von Hofmannsthal (sus *Prosaenschriften* son una obra maestra), Arthur Schnitzler y Herman Bahr, que fué un ensayista de primera línea. Y con ellos a Jakob Wassermann, Carl Hauptmann y hasta Rainer-María Rilke, de quien diría—si se quiere clasificarlo por comparación—que se halla a mitad de camino entre el primer André Gide y el primer Henri de Regnier.

Hablaré, pues, en este capítulo de aquellos hombres cuya ausencia de estas notas relativas a la Alemania contemporánea, se me antojaría a mí mismo escandalosa. No creo que pueda determinar más francamente mi línea de conducta.

* * *

Es menester, ante todo, formular una observación general a propósito de las librerías alemanas, de sus escaparates, y de los gustos que revelan en la predilección de sus clientes. Contienen regularmente una masa imponente de los llamados clásicos y de los grandes escritores del siglo pasado. Hablo aquí, claro es, de los escritores nacionales, y no cuento las traducciones de Shakespeare, de Molière, de Cervantes y de los autores griegos y latinos. Me refiero a Lessing y a Juan Pablo Richter, a Goethe y a Schiller, a Kant y Schopenhauer, a Nietzsche y a Hölderlin. Sus obras originales, o monografías que estudian su influencia y significación, ocupan siempre un lugar, no sólo en los catálogos, y en la buena tradición—como en Francia, Voltaire—, pero en la curiosidad y el interés cotidianos de la gente. Espectáculo imprevisto para la mayor parte de los europeos occidentales, cuya obligación primera consiste en ignorar a las generaciones precedentes.

Al lado de los clásicos está el enorme departamento de autores extranjeros, incorporados al comercio del gran público merced a traducciones que suelen ser perfectas. Se ha repetido mucho que los alemanes lo traducen todo. Es tan inexacto como afirmar que los franceses no traducen nada. Los alemanes traducen generalmente lo que merece ser traducido. Si el apego de los lectores del difunto Ompteda y de Fedor von Zobeltitz por todo lo que es menos que mediocre, se ha extraviado hasta dar en Georges Ohnet y Henri Bor-

LA PLUMA

deaux, las novelas de estos autores se ven poco en los mostradores de las librerías. Lo que en ellos hay regularmente es de Flaubert, Stendhal, Balzac, Charles-Louis Philippe, Anatole France, Romain Rolland, incluso Suárès. Y junto a éstos, la literatura escandinava, de una abundancia, variedad y riqueza que ciertos países no sospechan; por ejemplo, Francia, donde han estado muchísimo tiempo sin pasar de Ibsen, sin llegar del todo a Strindberg, donde empiezan a descubrir a Hamsun y desconocen totalmente a ciertos escritores de primera línea, como Jensen, Aage von Kohl y Pontoppidan. También abundan los autores rusos: Bjely, Ssologub, Kusmin, Dymov, y otros, apenas conocidos de nombre por los críticos occidentales mejor informados.

La literatura filosófica no es prenda exclusiva de una *élite* o de un estrecho círculo de especialistas. La gente se ceba en ella con apetito excesivo, que puede llevar a cierto snobismo, como el que disfruta hoy el amable conde Keyserling, profeta de la «concentración», o a ciertos misticismos colectivos, como el que presta al Dr. Rudolf Steiner una influencia considerable. El «steinerismo» es una especie de religión, servida por no corto número de apóstoles y propagandistas—mujeres la mayoría—extremadamente susceptibles. El propio Stefan Georg no ha conocido jamás una corte de prosélitos semejante, ni ha visto, como lo ve el Dr. Steiner, esparcirse por el extranjero su prestigio de teósofo. Pero yo confieso que aún no me ha herido la gracia, a pesar de muchas cartas y de muchos sermones, y no puedo asociarme a la ascensión de Rudolf Steiner, como no me asocio, en Francia, a la de Han Ryner, en favor de la cual, ya es sabido, echa los bofes un puñado de adeptos.

No hay que olvidar, por último, los libros políticos, dirigidos casi todos a liquidar la guerra. *Memorias* de Erich von Ludendorff y de Paul von Hindenburg, de von Jagow, de todos los generales del Marne: Kluck, Hausen y Bülow, memorias del Kronprinz, del almirante von Tirpitz...; podría llenarse una biblioteca. Algunos pretenden elevar el problema, y lo trituran sin fruto, como aquel *Untergang des Abendlandes*, de O. Spengler, que tuvo, en 1919, su hora de celebridad. En las librerías «neutras», o de tendencias radicales, obras pacifistas, como el *Tagebuch* de Alfred Fried, documentales, como las colecciones diplomáticas publicadas por Kautzky, Schücking y Montgelas, socialistas y comunistas. Añado a esta enumeración todos los libros sobre cuestiones relativas a la ocupación de la orilla del Rin, Alta Silesia, «pasadizo» de Dantzig, crisis austriaca, a la *Valuta*, y los nuevos atlas, y las *Historias* de la guerra, narraciones de combatientes, cuadros de la revolución, etc.

Pongo aparte los trabajos sobre las teorías de la relatividad de Einstein. Son tres veces más abundantes que en Francia.

* * *

Otra observación de carácter general: las librerías francesas suelen estar atestadas de revistas, que, por lo común, tienen reservado el mostrador más vasto. En Alemania es desconocida esa fiebre, y sería difícil citar media docena de periódicos de esa índole que tengan importancia. Inmediatamente después de la guerra, se fundaron algunos, pero murieron precozmente casi todos.

Es lastimoso que muriese también una revista como las *Weissen Blätter*, de René Schickelé, quien halló en Suiza un asilo contra la censura imperial, pero no supo reaclimatarse en Alemania después de la revolución. *Die Weissen Blätter* eran ciertamente la revista más importante de Alemania. Su acción se parecía a la de la *Nouvelle Revue Française* anterior a la guerra: balance de un esfuerzo ya cumplido, y preparación de otro nuevo.

Desde su desaparición, sólo quedan, dignos de citarse, *Die Neue Rundschau*, de Oskar Bie, en cuyos recios cuadernos mensuales se agrupa lo bueno y lo malo, y *Die Neue Merkur*, que es lo correspondiente a la *Nouvelle Revue Française* posterior a la guerra.

El *Forum*, de Wilhelm Herzog se ha vuelto un órgano de propaganda y de documentación políticas, y se publica con mucha irregularidad; el *Literarische Echo*, es de un confusionismo que excede a toda previsión. La *Zukunft* es cada vez más ilegible: y a pesar de la simpatía que despiertan algunas revistas pequeñas, como *Die neue Schaubühne*, de Hugo Zehder, no es posible detenerse en su examen.

A mi parecer, esa falta casi completa de revistas se debe a dos causas: una es el gusto de los alemanes por la especialización, del cual toman vida muchas publicaciones técnicas, y otra la extensión de los folletones en la Prensa diaria, los cuales constituyen, en los grandes periódicos como el *Berliner Tageblatt* o la *Frankfurter Zeitung*, la revista crítica más acabada, diligente y perspicaz que puede desearse. Cito para memoria las revistas de artes plásticas, *Kunstblatt*, *Deutsche Kunst und Dekoration*, *Sturm*, *Cicerone*, *Kunst und Künstler*, *Monatshefte für Kunstwissenschaft*. Me limitaré a señalar el florecimiento extraordinario de la literatura de arte. Ya se trate de pintura antigua o moderna, ya de arquitectura desde el punto de vista histórico o técnico, de escultura, o de artes aplicadas, por todas partes hay colecciones considerables, dirigidas y re-

LA PLUMA

dactadas por críticos competentes, y siempre: admirablemente ilustradas. Hay también en todos esos géneros, series de vulgarización, cuyas tiradas parecerían fantásticas, si las dijese, y cuya calidad, en el fondo y en la forma, está casi siempre al abrigo de toda crítica.

PAUL COLIN.

(Continuará.)

PORTUGAL



La onda espiritualista que caracteriza la literatura europea actual aparece también en la literatura portuguesa, que por su índole no es muy inclinada al romanticismo obscuro de Zola ni al romanticismo plebeyo de Jorge Sand. El aspecto naturalista del romanticismo que logró en Flaubert su *representative man*, y del que fué entre nosotros, principal figura Eça de Queiroz, en la primera fase de su obra, tampoco alcanzó gran estabilidad en la literatura portuguesa. El temperamento portugués es lírico esencialmente, y nuestro lirismo, fundamental y estructuralmente espiritualista. Hoy, no se lee a Zola en Portugal. Tiene mucho público Paul Bourget, desde *Le Disciple* acá, y obtienen generalmente aceptación todos los escritores que se caracterizan por la espiritualidad. Volvemos al dulce Julio Diniz, y la preferencia del público actual recae en los últimos escritos de Eça de Queiroz.

Puede decirse que quien abrió la época contemporánea de la literatura espiritualista fué Anthero de Figueiredo con su libro *A Senhora do Amparo*. Desde entonces, la tendencia se acentúa; y hoy he de hablar a los lectores de LA PLUMA de una de las obras más notables de nuestro tiempo: *O Deserto*, de Manoel Ribeiro.

Sepamos lo que es. Luciano, que personifica al propio autor, recibió de un amigo que va a profesar en la Cartuja de Miraflores, de Burgos, una carta, invitándole a pasar unos días en el convento, para despedirse. Luciano acepta, y sale para Burgos. La novela es la narración de los ocho días que pasa Luciano en el convento de cartujos. Manoel Ribeiro describe, pues, su llegada a Burgos, una fría mañana húmeda, y las impresiones que recibe Luciano a medida que se acerca la hora de entrar en el convento. Como se apartase—deambu-

lando a lo poeta—de la encantadora y vieja ciudad española, oyó las notas leves de un esquilón—el de la Cartuja—. Y ya no volvió a la ciudad. Dirigióse inmediatamente al convento. Dijo al religioso que acudió a su llamada, que venía de Portugal, para hablar al reverendo prior. Éste, que esperaba la visita, le mandó pasar; recibiólo, diéronle una celda; informáronle del horario de su vida conventual y de la naturaleza de sus relaciones con los monjes. La primera noche que pasó en el convento, Luciano, escéptico, ya que no impío, vió en su celda una imagen de la Virgen ante la que muchos se habían postrado humildes, orando, y «sin dar buena cuenta de sí», arrodillóse, y aunque no sabía rezar, también rezó. En la alta noche asistió, desde el lugar que tenía señalado en el coro, a los maitines y laudes del día. La descripción de esa madrugada es magistral.

Los ocho días transcurren entre rezos y ceremonias monásticas, conversaciones serenas, y un despertar, en la conciencia de Luciano, de sensaciones puras y de visiones sanas. El espíritu escéptico llega a convencerse de que sólo en el convento se es como se debe ser, y fuera de él, apenas como se puede ser.

Al retirarse del convento, Luciano, que todas las mañanas había depositado flores a los pies de la Virgen de su celda, confiesa que si aún no tiene fe, parte «convencido de que sólo la religión es capaz de espiritualizar y orientar la vida; de regir las vocaciones sinceras y persistentes, que ninguna desilusión ni desánimo alguno pueden desvirtuar; y que sólo con Dios en el alma es posible la verdadera fe y la confianza intrépida para proseguir el bien».

Esta novela, que ya en sí representa mucho en medio de la corriente escéptica que marca la producción de nuestro tiempo, tiene todavía más valor por su intención, sabiendo que su autor es uno de los elementos más activos del Sindicalismo revolucionario de Portugal. Manoel Ribeiro pertenece a la Confederación General del Trabajo, y comenzó a ser notado su nombre en los movimientos de carácter sindicalista.

Por eso, su libro levantó protestas entre los obreros más ilustrados, y contra él se formularon observaciones en el órgano sindicalista, a las que respondió el autor, defendiendo su punto de vista. ¿Es un convertido? Todavía no. Lo declara en su libro: «no sé lo que es Dios; no lo comprendo aún; pero sí lo siento—y ya es algo». Y como su amigo el cartujo le desea que Dios le toque con su gracia, Luciano responde: «lo deseo íntimamente. Soy todavía asaz indigno para alcanzar tal merced».

Literariamente, esto es, desde el punto de vista técnico, el libro no es im-

LA PLUMA

pecable. ¿Pero hay libros impecables? Y además, ¿se propuso Manoel Ribeiro escribir una obra de arte pura, o una obra de significación moral? El autor es adversario del arte por el arte, y dentro de su teoría, ha escrito una obra que tira a un blanco. Las deficiencias que podemos encontrarle, como novela, desaparecen ante los fines, que son grandes y bellos. *O Deserto*, es la apología más calurosa y equilibrada que conozco, de la vida monástica. Al cerrarlo, después de leído, tuve la impresión de haber atravesado una comarca toda pureza y suavidad, inmaculada y musical.

* * *

En las librerías ha aparecido un volumen de un periodista, Bourbon e Mezezes, llamado *Soliloquios espirituais*, al que los amigos del autor ensalzan exageradamente. Son trivialidades con pretensiones de paradojas, que ni siquiera se salvan por la personalidad del estilo o por la gracia de las imágenes.

* * *

Pasemos ahora de la literatura pura a la literatura científica. El médico señor Arlindo Monteiro publica un largo trabajo médico-legal sobre el *Amor Sáfico e Socrático*. Es obra destinada únicamente a las bibliotecas y a los letrados, porque el asunto es en demasía escabroso para poder andar en manos de toda gente. La parte más interesante para los lectores de LA PLUMA es la que se refiere a la historia del amor sáfico. La investigación paciente a que se ha entregado el doctor Arlindo Monteiro le granjeará la atención de los eruditos, que ahora podrán conocer fácilmente la historia de esa anomalía sexual. Es tal vez deficiente en cuanto a la literatura contemporánea, donde hallamos una escritora francesa, Renée Vivien, que en todas sus obras es sáfica declarada; y dos libros de Rachilde, *Monsieur Venus* y *Les hors nature*, que son de primera línea en su género.

Pero el doctor Arlindo Monteiro ha recorrido de punta a cabo las literaturas griega y latina antiguas, no dejando de citar las manifestaciones más preciosas y notables del safismo y del socratismo. Consagra un capítulo a España, recogiendo desde las informaciones aportadas por Giovano Pontanus hasta los trabajos del doctor Mata.

Después de trazar la historia de esa aberración fisiológica y sentimental, el

autor describe en qué consiste, médicamente, y estudia y discute las múltiples opiniones de los tratadistas de esa especialidad. Formula luego una terapéutica, y la profilaxis, que es la parte de más interés pedagógico. Concluye exponiendo la legislación dictada para estas materias en el mundo civilizado. Respecto de España, cita las disposiciones legales del Código de los visigodos, y llega hasta el Código penal vigente.

* * *

Bazilio Telles es uno de los más curiosos espíritus portugueses. Sus trabajos económicos le hicieron célebre entre las personas cultas, si bien su notoriedad se debe más a sus escritos políticos. Es uno de los directores fallidos del republicanismo portugués. Su influencia sobre la masa de sus correligionarios es nula, porque su corte aristocrático, individualista, le induce a no doblegar su pensamiento ante las imposiciones de la multitud. Pero como participó en la revuelta de 31 de enero de 1891, y por ese motivo tuvo que emigrar, la multitud empezó a conocerlo, pero no le amaba. Cuando en 1910 se implantó la república en Portugal, Basilio Telles apareció en Lisboa con un programa de Gobierno, donde al lado de algunas utopías, había cosas aprovechables. Pero entre la mentalidad de Bazilio Telles y la mentalidad de los *meneurs* revolucionarios, la distancia era mucha, y Bazilio Telles se metió en su casa, olvidado, preterido. Durante los últimos años del régimen monárquico escribió sus trabajos económicos que, como he dicho, le dieron a conocer en los medios cultos. Desde la implantación de la república ha dado a luz algunos estudios de crítica histórica y política que no aumentarán su celebridad, por dispersos y superficiales. Entre esos trabajos hay algunos, dedicados a la guerra europea, dignos de leerse.

Ha lanzado ahora un libro de estudios filosóficos: *A Sciencia e o Atomismo*. No siendo LA PLUMA una revista filosófica, no estaría bien detenerme a examinar las 300 páginas del volumen, sobre el que habría mucho que decir. Me limitaré a una noticia ligera.

Después de exponer lo que considera fundamento experimental del atomismo, se extiende en la noción de masa, y consagra a la masa y la inercia capítulos tanto más curiosos cuanto que ese problema se encuentra actualmente en discusión, debido a las teorías de Einstein. Bazilio Telles es difícil de leer, porque su estilo es pesado. Sólo la voluntad legítima de conocer lo que piensa un

LA PLUMA

espíritu distinguido, puede bastar a vencer esa dificultad. He de notar además contra el libro de Bazilio Telles que sus conocimientos filosóficos y científicos pecan de atrasados, de modo que su crítica se ejerce sobre el estado del pensamiento hace treinta o cincuenta años. Pruébalo sobradamente su estudio sobre las geometrías no-euclidianas.

ALFREDO PIMENTA.

NOCTURNO DE LUNA Y AGUA

(1919)

*Cantaba tan lejano
que el paraguas abierto
estaba chorreando de luceros.*

*La Luna
pisaba con sus zuecos
la Rosa de los Vientos.*

*Sirio
tenía un diván de estrellas en el cielo.*

BIOMBO JAPONÉS

*Una estrella-cigüeña
sueña sobre la arboladura de un velero.
El Sol luce un kimono
con un dragón sentado en un lucero.*

*Un arrozal
y un mandarín
en palanquin
y Li-Ta-Pe
cantando el samovar
del Te.*

ADRIANO DEL VALLE.



...CASTILLO FAMOSO

Al «voluntario» de Madrid, Alfonso Reyes.

MADRID es una dolencia de los madrileños, o un fenómeno donde se materializan (sin ilusión ni superchería) las fuerzas secretas que remotamente presiden en la existencia de estos vecinos: entre lo patológico y lo metapsíquico, dudo por qué camino he de buscarle explicación a la villa. Si el espíritu madrileño recobrase la salud, el Madrid presente se nos caería, espero yo, y arribaríamos a la plenitud vital que echo de menos; si a Madrid, sonámbulo, le despertasen, nada quedaría de esta experiencia tan penosa, tan rara, como no fuese el estupor de haberla padecido. En ningún caso es normal nuestro Madrid; incita y no satisface; no habla ni oye; no retiene, acorrala. Es impedimenta gruesa: nace aquí un hombre, y por mucho instinto que tenga, pierde la vida en defenderse de Madrid, en ir tirando la villa, aborto de una ambición que llora su fracaso, es de miel con los perdidos, con los ineptos; como tierna madre, los mejora; enturbia, para su consuelo, las diferencias del valor y la nulidad. No le falta discernimiento; le sobra cinismo: Madrid parece un desahuciado de la vida, para quien todo cede ante la evidencia del aniquilamiento inmediato; pero no incurre en santidad ni en sabiduría: es tolerante por desdén; dócil con rechifla. Es el Limbo de los vanidosos: todo se logra en Madrid, a condición de ser fingido; todo el mundo es lo que quiere, si lo representa bien; nadie le va a la mano; puede lucir su papelón en este tablado, sin pena ni gloria: tal es de incongruente con la del mundo la vida en Madrid. Traer, por ley de nacimiento, la villa a costas, es vivir a rega-

LA PLUMA

ñadientes, gastarse en forcejeos contra la persuasión íntima, esencial, del madrileño: la inutilidad de haber nacido; es regatear el esfuerzo, por no dar prendas de nuestra conformidad con el hecho agridulce de existir, y no pasar por bobos cuando llegue el escarmiento postrero.

No es madrileño quien quiere. Alistarse «voluntario» de Madrid es fineza de hombre cortés o ensoñación de artista. El madrileño es un ente solitario que nada pone en sociedad; sus cualidades son privativas e incommunicables. No hay en Madrid un acervo común, engrosado siglo tras siglo, donde cada hijo de vecino adquiriera, sabiéndolo o no, estilo, normas, y, a lo menos, modales. Existen ciudades contagiosas, que al punto invaden a quien las trata, le imbuyen su espíritu, o alumbran en el recién llegado alguna vena que hasta allí corría oculta; ciudades que embriagan a los snobs y atontan a los pedantes, pero saludables y deleitosas para quien inocentemente las ve: desde el primer encuentro, más que descubrirlas, las recupera. Existen ciudades hurañas, así como encantadas, presas en su orgullo fosco; no son para intrusos; quieren ser forzadas en su esquividad, y, a la larga, esclavizan. Madrid ni se entrega ni se niega; no tiene gustos ni los da: a nadie se le conoce que haya estado en Madrid. Es un accidente del rastrojo; un atasco en los caminos que van desde Alcobendas a Getafe: el bullicio de Madrid es desconcierto de encrucijada.

La soledad, el desengaño, al madrileño le vienen de casta. Quien no los hereda, sólo de oídas conoce el aborrecimiento y el desánimo donde se corrompe Madrid; nadie los formula, de vulgares que son; a nadie caracterizan; como han perdido el nombre, Madrid no los reconoce en aquella prenda que más alaba por suya: la sensatez, rasgo típico del pueblo todo (no sólo del menestral, aplomado y honradote), desciende de la conformidad; es el acto de resignarse mudado en costumbre, sin propósito deliberado ni acuerdo de la voluntad. Madrid no sabe bien por qué se ha guardado de los podencos, pero le animan las memorias confusas de un escarmentado, y sobre ningún perro dejará caer el simbólico canto. Es la herencia manchega. El madrileño de casta es un toledano—esto es, un manchego—descreído. Calumnia a la nación manchega quien ponga en La Mancha la sede del pancismo, o se imagine que el manchego es todo crasitud, mengua de fantasía, gustos ordinarios y prosaicos. El vulgo ha pensado que Cervantes, al plantar a Don Quijote en la llanura manchega, buscó un contraste violentísimo, y cómico, entre el ideal quijotesco y el prosaísmo basto de sus conterráneos. Es un error. Don Quijote sólo podía ser manchego. Andalúz, hubiese sido más sensual; castellano viejo, más duro; vas-

co, más terco, «más suyo», como Ignacio de Loyola, que ponía por justicia a sus perseguidores y sacaba testimonios judiciales de su ortodoxia; y si extremeño, Don Quijote no hubiese esperado ser emperador o arzobispo; se lo habría propuesto decididamente, y lo hubiera sido. El mismo Cervantes era de reino de Toledo, y sólo podía crear un héroe a su semejanza, a lo manchego. Jarama y Tajo crían un bípedo imaginativo, proyectista, versátil, propenso a la tristeza, que roe el disfrute tranquilo de los bienes positivos con la aprensión de su fugacidad, y endulza los contratiempos más acerbos con esperanzas imposibles. Harto lo sabría Cervantes, a poco que se mirase. Un hombre vulgar hubiese rematado las aventuras de Don Quijote con la ruina aparente de sus empresas, por imposibilidad material de darles cima. Cervantes las apuró hasta su término verdadero: el quebranto de la voluntad, la rendición moral del héroe, que cesa de creer en su propia vida, pierde la capacidad de forjarse ilusiones, y muere de melancolía, acoquinado entre un sangrador y un cura. Si Don Quijote cayó en el infierno, como es verosímil que cayera, pues se murió sin reparar muchos daños que hizo, ya estará curado de la desilusión que ennegreció sus últimas horas: los tormentos que padece se corresponden con la realidad de su paso por la tierra, y prueban que su acción no fué soñada, ni se disipó como el humo en el viento. Pero Cervantes no entrevió ese consuelo, o que era también—como yo lo entiendo—manchego.

Los madrileños heredan hoy la propensión a desconfiar, a desencantarse, enconada por la experiencia, porque son posteriores a la fase creadora del espíritu manchego. Lo que acertó a crear, en su mayor pujanza, nos exime ahora de comprometernos en ningún propósito, y nos permite acogernos a la tradición que desde el cura y el bachiller llega hasta nosotros murmurando. Por nada de este mundo consentirá un madrileño en parecer tan entrometido y majadero como parecía en ocasiones el bueno de Don Quijote. Venimos también después de la fase crítica y moralizante de ese espíritu. Quevedo, madrileño gigantesco, no fué lo que se llama un hombre comedido, abstigente, parco. ¿Qué tal le pareció su vida en el ocaso? Un chasco pesadísimo; y su genio debió de antojársele un enemigo malo, que le prestó tan descaminadas querencias como los libros de caballerías a Don Quijote:

Yo soy aquel mortal que por su llanto
Fué conocido más que por su nombre,
Ni por su dulce canto;
Mas ya soy sombra solo de aquel hombre

LA PLUMA

Que nació en Manzanares
Para cisne del Tajo y del Henares.
Llaméme entonces Fabio;
Mudóme el nombre el desengaño sabio,
Y llamóme Escarmiento.

Dícese que, en el fondo, los hombres de casta manchega no aman la vida. Quizás empiezan amándola demasiado, y van a dar en el despego, en el rencor, aborrecen la vida ingrata porque no es lo bastante pródiga y ferviente para llenar el cóncavo de sus almas. La injurian, porque no es infinita, como la vaguedad de sus deseos. Creyentes, se refugiaban en la soledad pavorosa del cristiano delante de su Dios; fiaban no tanto en Su amor como en Su venganza: la destrucción del mundo por la cólera divina vendría a ser el desquite de su escarmiento personal. Descreídos, como lo son ahora, ni aquel refugio intranquilo alcanzan. En nuestro día el sol nunca llega al zénit; desde el alba se barrunta la noche, la nada.

Madrid ha de explorarse desde dentro a fuera; sufrirlo primeramente, sin padecerlo; remar en la galera, como tantos forzados reman, aunque no lo conozcan. Sentir después los grillos, romperlos, arrancarse de la chusma, pesar la gravedad del destino. Todavía eso no basta. El secreto de Madrid se entreabre únicamente al espíritu contristado. Si esa lengua de fuego descende sobre ti, ¡oh manchego insaciable!, en un Pentecostés de la melancolía, no habrás menester otra clave. El Madrid agrio y discordante de todas horas, irreductible a una explicación racional, opaco, tórnase manso y concorde, se somete, se deja traspasar por el rayo de tu tristeza. Vendrá a decirte que tu misantropía es la suya; que si tú desfalleces, él no alienta; que si tú vives por no esforzarte a morir, él ignora para qué ha nacido, ni a quién satisface con tenerse en pie. Se ofrecerá a recogerte en su arena, si ya eres náufrago... Los raptos de lucidez en que se anuda el coloquio son raros, y, al parecer, sin fruto. El mismo hombre que piensa haber entrevisto la verdad, recobra la categoría municipal, sale a la calle, y va, sorteando los charcos, a esperar el paso de un tranvía bracea por ganar el estribo, como si le pagasen la faena, en lugar de tenderse friamente sobre los carriles y que las ruedas, triturándolo, se comprometan en su evasión definitiva. Pero le queda la virtud de entender las horas culminantes de la villa que son en las madrugadas del verano, horas en que Madrid se apaga en su recogimiento funeral. Madrid no sabe qué opresor silencio guarda

en las noches de la canícula; si lo supiera, no se dormiría. El callar de tanta gente solivianta a los perros, y ladran despavoridos, ladran en los solares, en los corrales, en los huertos; ladran por fidelidad al hombre, avisándole que no se duerma así en el filo de la muerte.

Pensarán que soy madrileño apóstata. No tal. Madrid, con su dejadez, su desconcierto, es mi rutina; no podría abandonarlo; equivale a mi modo de ser. Ponerle cara de pocos amigos es simple juego, sin moraleja. «La bêtise c'est de conclure» —exclama un hombre descontento—. No concluyamos, pues. El madrileño, divertido en conocer la villa, en pensarla tal cual es, seguirá siendo un hombre feliz, mientras no abrace la pretensión soberbia de emanciparse. Quien viva en el Limbo, consérvase en él; y mantenga sus horas con poner motes a personas y cosas. No hay libertad para dejar de ser madrileño; ni arraigáramos en otro suelo, si nos transplantaran. El escarmiento nos ha vuelto díscolos, y sólo podemos vivir aglomerados, sin más nexos urbanos que el censo electoral y el padrón de cédulas personales; a condición, todavía, de que esos instrumentos de dominio los fabrique y administre la voracidad forastera. Esta es la suma elegancia de Madrid, y así se hace amar, el muy cazurro, de los descreídos. No ostenta pretensiones colectivas, no promulga evangelios, no quiere fundar nada, ni descubre cada veinte años cosas olvidadas de puro sabidas. En sus entresijos se ríe de los luchadores, y a los hombres de presa les pone entre los dientes un zoquete de pan duro.

EL PASEANTE EN CORTE.





LIBROS Y REVISTAS

Ramón Gómez de la Serna: *Variaciones*.—Con curiosas ilustraciones del autor.—Publicaciones Atenea, 1922; *El Incongruente*.—Novela grande.—Los Humoristas, Calpe.

Creo que ha sido un escritor francés, el señor Valery-Larbaud, quien ha dicho que de haber nacido en Francia Ramón Gómez de la Serna, a estas horas su literatura estaría influyendo directamente sobre los literatos jóvenes del mundo. Estoy de todo punto conforme con esa afirmación en que se rinde al genio literario de nuestro compañero cierta anticipación de la justicia con que hemos de ver un día acatada su obra por el reconocimiento unánime del público. No somos de los más entusiastas corifeos del infatigable creador de *Pombo*. De intento, hemos puesto siempre sordina a la expansión de nuestra complacencia en las lecturas de Gómez de la Serna. Creemos haber señalado sin recato el peligro que puede suponer la facilidad con que se prodiga, en un verdadero alarde de incontinencia literaria. A punto varias veces de rendirnos a la evidencia de una gracia avasalladora, hemos resistido, ora a los impulsos de la simpatía que despertaba en nuestro ánimo cada nueva producción suya, cuándo a la consideración contraria, del talento que significaba el ganarnos precisamente con páginas trabajosas y difíciles, torpes incluso. Hora es ya de que proclamemos, sin temor a un desengaño de la confianza propia, nuestra fe en la consagración progresiva del que es hoy una realidad en que se cifran esas *grandes esperanzas* desacreditadas por el abuso del tópico. La publicación de *Variaciones* y *El Incongruente* nos autoriza a tanto.

Variaciones no es un libro nuevo. Nacido del capricho de cada día, han ido viendo sus páginas la luz en las columnas de un periódico. Pues, no obstante la insistencia del tono, que insensiblemente ayuda al lector diario a comprender tales crónicas volanderas como un todo orgánico, es ahora, reunidas en volumen, cuando adquieren la formalidad, la importancia de una obra animada en su variedad de un sentimiento personal y delimitado.

Periodista, Gómez de la Serna va dejándose llevar en su inspiración de los temas que suscita la vida corriente: «El mejor reclamista del mundo»; el comercio del pan duro en Madrid; el kiosco de los caramelos de la calle de Alca-

lá: la máquina de partir el jamón en los bares; el académico, peripatético nocturno, amigo y protector de los gatos famélicos; las pajaritas de papel en que es Unamuno maestro de maestros; una visita al Hospital General; la música de *jazz-band*, son motivos en que su ingenio se ejercita con magnífica sutileza. Quien haya leído una sola página de Ramón, no acertará a comprender por qué suscita ahora nuestro elogio fervoroso la simple colección de *greguerías*, en escogimiento de las cuales, se nos iba en cansancio otras veces mucho de nuestra capacidad admirativa. Ciertamente que no basta la enumeración de los temas de estas *Variaciones*. Porque lo que hay en este libro de indudable adelanto es, sobre todo, más que la novedad del género, su perfección.

«Libertemos los globos», por ejemplo, es un verdadero poema, en que se manifiesta clarísimo el hondo sentimiento lírico que por debajo de la gracia de expresión, forzada hasta la truculencia muchas veces, riega de lágrimas humanas el humorismo de Ramón.

Adornan este libro curiosísimos dibujos de *literato*, obra del propio Gómez de la Serna, que subrayan con intención, que en vano podría sustituir la técnica de ningún dibujante que no tuviera su mismo temperamento, y talento parejo, los temas del libro, verdadero resumen caprichoso de lo más característico del *ramonismo*.

Estas páginas son, sin duda, una selección acertadísima de las crónicas publicadas con el mismo título en *El Liberal*. El que pueda con ellas componerse un volumen tan acabado, denota en la constante labor, que se nos antoja dispersa, de su autor, un esfuerzo de concentración logrado al inspirado correr de la pluma.

Novela grande subtitula Gómez de la Serna a *El Incongruente*. No es la primera vez que, por consideraciones editoriales, o porque realmente signifique un propósito contrario al concepto teórico de la greguería, su verdadero descubrimiento, llama novelas grandes a algunos de sus libros *sui generis*. *El Gran Hotel*, *La Viuda blanca y negra* no implicaban, sin embargo, una determinación radical que variara el carácter de su literatura anterior. Son greguerías en torno a dos temas novelescos, en que la novela aparecía pulverizada en apuntes ingeniosísimos, sagaces hasta el lirismo, para una novela que quedaba sin hacer. En ese sentido, no sería aventurado equiparar a este Ramón nuestro a otro don Ramón, innovador en el siglo pasado, y por más de un aspecto parecido, salvando distancias irreductibles, a Gómez de la Serna. Don Ramón de Campoamor acertó, en efecto, a condensar en la dolora las aspiraciones de su tiempo. Aspiraciones literarias, filosóficas, del sentimiento popular. *Pequeños Poemas*, *Humoradas*, *dramas*, tratados de estética y de filosofía, discursos políticos, cuanto escribió, no fueron sino doloras, más que otra cosa manera, adecuadísima a su época, de *sonreír entre lágrimas* clásicamente. La difusión de sus obras, superior a la de todos sus contemporáneos, se debió en gran parte a la calculada generosidad con que renunció al dominio temporal sobre ellas, despertando así la codicia lícita de los editores, y la propaganda consiguiente.

Túvosele a Campoamor por innovador o inventor, y por tal túvose el mismo. ¿Cómo explicar entonces la miseria de su descendencia directa? Campoamor no

LA PLUMA

fué un *pioneer*, no fué un iniciador. Mas su personalidad vigorosa recogió, transfundiéndoles un aliento propio, las ideas poéticas que circulaban en su tiempo. Fué cabo, realización, y no principio.

Así Gómez de la Serna, en quien convergen tantas modalidades literarias, extranjerías o sazonadas ya con sabor nacional, ha podido parecer el inspirador de una nueva escuela, sin adeptos posibles, porque lo que hay en él de original es la personalidad acusadísima en que se funden irreconocibles, encontradas corrientes e influencias.

El Incongruente señala un paso decisivo hacia la novelación de la greguería. Si la capacidad de disgregar por lo menudo los elementos del mundo sensible, puede llevar nunca a la composición dramática, si la introspección, si la vida interior, pueden ser alguna vez materializadas literariamente, Ramón Gómez de la Serna está en camino de conseguirlo.

Ahora bien: todas estas disquisiciones, en el caso de *Variaciones* y *El Incongruente*, nos apartan de la consideración esencial, y que importa consignar muy especialmente, de que su autor atiende ante todo a conquistar lectores. Es decir, que su literatura es de entretenimiento; que aspira a divertir, a interesar, verbo sin eficacia por el mal uso que de ellos solemos hacer los críticos y aprendices de tales. Entretenido, divertido, interesante, suelen ser adjetivos con que se sobrentiende la insignificancia de una obra. Por el contrario, la categoría literaria y artística es sinónima para las entenderas del vulgo lector de aburrimiento.

Ramón Gómez de la Serna, como Campoamor también, profesa la dignidad poética en la prosa de la vida.

* * *

Isaac Goldberg. Ph. D.—*La literatura hispanoamericana*.—Estudios críticos. Versión castellana de R. Cansinos Assens. Prólogo de E. Díez-Canedo.—Madrid, Editorial-América.

¿Existe una literatura hispanoamericana? ¿Puede nadie pretender el título de «poeta de América» con más razón que otro cualquiera, de este lado del mar, el de «poeta de Europa»? Díez-Canedo se pronuncia resueltamente en el prólogo a la edición española de *La literatura hispanoamericana*, en contra de una proposición tan absoluta. «A nuestro parecer—dice—no hay alternativa posible: o una sola literatura con la de España, o tantas, si no como repúblicas, más o menos artificiales en sus límites, como países naturales haya en la América de habla española».

Estudia el Sr. Goldberg la renovación «modernista» en la literatura española, señalando acertadamente su coincidencia con crisis similares en Inglaterra, en Alemania, en Rusia, en Noruega, en Italia, en Francia, principal receptor transmisor a los países españoles de las nuevas corrientes literarias.

A nuestro entender, presumen en demasía los escritores españoles de América de la aportación que puedan significar sus licencias al caudal riquísimo

de la lengua común. En todo caso, Rubén Darío, poeta excepcional, por excepcional y no por americano adquiere en la historia del español una preponderancia sin par en los tiempos modernos. Poeta americano, todo lo gran poeta americano, y, mejor todavía, peruano, que se quiera es Santos Chocano, en cuyos gritos de libertad, como en sus cantos de pleitesía a la «madre España» persiste un acento colonial inconfundible. Por americano, pese al cosmopolitismo, al internacionalismo de la justicia, por que rñe toda su vida desigual batalla, nos gana Blanco-Fombona, el desterrado de Venezuela, aferrado a una idea noble de reconquista espiritual de su tierra. El americanismo, voluntario también, de Rodó, escapa ya, precisamente por virtud de la lengua, trabajada en un sentido clásico y no revolucionario del castellano, a los límites a que lo circunscribe la ocasión de sus críticas. José María Eguren, desconocido en España, poco conocido en América, parece señalar, por la referencia del señor Goldberg, una nueva modalidad en la renovación hispanoamericana, cierto espíritu de concentración y menosprecio del vulgo, cierto recogimiento, que reniega del sentimiento a velas desplegadas, de sus predecesores. A Rubén Darío, Santos Chocano, Rodó, Eguren y Blanco-Fombona, dedica sendos estudios el señor Goldberg, precedidos de un capítulo inicial sobre el modernismo, otro sobre «Algunos precursores modernistas»: Gutiérrez Nájera, José Martí, Julián del Casal, José Asunción Silva, y Díaz-Mirón; y otro sobre las «Nuevas orientaciones» después de los precursores, y el «Americanismo literario» que irrumpió en la antigua metrópoli coincidiendo con la pérdida de sus últimas colonias americanas.

La preeminencia indiscutible de Rubén Darío en la poesía española moderna, ha facilitado la confusión que atribuye a influencia hispanoamericana, las derivaciones que en España—como en América—haya podido tener el prestigio del autor de «Los Cisnes».

Prueba irrefutable de ello, la supremacía de los «modernistas» españoles sobre los hispanoamericanos, en los géneros de prosa: Un Valle-Inclán, un Baroja, un Azorín, posteriormente un Pérez de Ayala, no tienen equivalencia literaria del otro lado del Atlántico. La labor considerable de Florencio Sánchez, aun con un drama que toca a la perfección como *Barranca Abajo*, en modo alguno ha influido en la escena española como Jacinto Benavente, europeizador de nuestro teatro y, no lo olvidemos, quien mató en definitiva al mayor monstruo, Echegaray, que guardaba tantas princesas chillonas.

Es más, Antonio y Manuel Machado, Juan Ramón Jiménez, Eduardo Marquina, el mismo Villaespesa, Díez-Canedo, Pérez de Ayala y Valle-Inclán en su última modalidad lírica, ¿tienen ya nada que ver con el «americanismo literario», si es que alguna vez el imperio de Rubén Darío pudo justificar el equívoco? De Enrique de Mesa no hablemos, pues que nunca tuvo más Castalia que la fuente de los Gallegos, y las del Lozoya en que bebió el Marqués de las «Serranillas». Las influencias comunes a todos los poetas menores que empiezan a cantar ahora en todas las Españas de aquende y allende el mar, no determinan dependencia mutua, ni apenas otra fraternidad que la del idioma. Podemos sí asegurar, por lo que nos es dado conocer hasta ahora, que si la época

LA PLUMA

modernísima de trasguerra se caracteriza por cierto predominio intelectual sobre la libre expansión del sentimiento, son también los Moreno Villa, los Gerardo Diego, los Salinas, los Jorge Guillén, los Domenchina, quienes marcan una pauta *européa* en que los neo-españoles de América se manifiestan a la zaga.

El caso de un Alfonso Reyes, como en la generación inmediatamente anterior, en plena producción ahora, el de un Icaza, nos afirman en nuestra idea. Sin que creamos a Icaza ni a Reyes *desarraigados*, ni mucho menos, del solar patrio, ¿puede quien no sepa su nacionalidad, señalar desde luego en ellos un sentimiento exclusivo de Méjico, de América? No, y de ahí precisamente su importancia y su significación, exenta del mero colorismo local, del patriotismo de circunstancias, de todo modernismo, a que ha de ser ajena la libertad literaria a que está vocado el escritor nato.

Lo que tampoco quiere decir que al crítico le esté vedado en absoluto distinguir, en el americano como en el andaluz, los rasgos característicos de la persona cuya humanidad se cumple en el seno de una sociedad, determinada por el nacimiento, sí, pero cuyos límites rebasa la educación, la cultura, a que no es ajena la voluntad propia, ni, menos, el talento, diferenciador por excelencia.

El «modernismo» español fué la exteriorización literaria de una protesta latente. Quiso la suerte que la protesta cristalizara, por modo simbólico, en torno a un gran poeta, Rubén Darío, que por nacido en Nicaragua, toda la América Española lo reivindica para sí, y con mayor razón España. El «modernismo» señala la iniciación de una nueva época en la historia del español: con una sola jerarquía literaria, independiente de las fronteras sentimentales del escritor.

Una sola literatura, pues, con la de España, y tantas como *Yasnaia-Polianas* puedan inmortalizar desde la más remota pampa, o en el corazón del Barrio Latino, los grandes españoles de América.

* * *

Mauricio López Roberts.—*El Ave blanca.*—Novela.—Biblioteca Hispania, Madrid.

Distínguese, desde sus primeras obras literarias, Mauricio López Roberts por la probidad profesional. Discretamente alejado de las pompas y vanidades editoriales, desdeñoso sin jactancia de tanta veleidad mercantilista como hoy acucia a muchos literatos en franca competencia con los propagandistas de elixires equívocos, el autor de *El porvenir de Paco Tudela* y *La Novela de Lino Arnáiz*, con que se señaló años atrás el novelista de *El Ave blanca*, ha visto un tanto disminuída la consideración literaria que merece, por su misma fidelidad a las normas de Galdós, cuyo discípulo es.

Cierto que no revela la obra de López Roberts una personalidad acusadísi-

ma. No es un inventor de nuevos modos, ni se afana por romper moldes. El modelo a que se ajusta es, por lo demás, tan amplio, que el lector no siente la menor preocupación crítica, ganado por el interés del relato desde las primeras páginas.

Esa modestia, esa ausencia del narrador, constituye el principal atractivo de una novela escrita en estos días en que toda exaltación autobiográfica pretende la categoría sólo debida a las personalidades extraordinarias.

El Ave blanca es la historia romántica—culminante en la época isabelina—de una familia antidiluviana, cuyo fundador, según antiquísima leyenda, desembarcó del Arca paternal, y a la fuerza hubo de acogerse a las rocas que después fueron y son hoy costas de la Vizcaya española.

No hemos de destripar el cuento maravilloso que con tan buena gracia relata el novelista de *El Ave blanca* por espacio de trescientas setenta y cinco páginas, apretadas de prosa. Pretender enumerar, reduciéndolos al armazón no más de la novela, los incidentes que, presididos a través de los siglos por el espectro fatal del pájaro agorero campante en el escudo de los Noé de Laida, se suceden en interesante progresión dramática, sería soslayar precisamente el decoro artístico de que está vestida.

La leyenda monstruosa va cobrando realidad evidente a medida que los personajes de la familia antidiluviana, unidos por característicos rasgos físicos y morales, se acercan a nuestra contemplación. Sin pedantería, sin pretender una reconstrucción arqueológica tan imposible como fastidiosa, nos ofrece el fondo panorámico de *El Ave blanca* grata lección histórica, cuyo tono denota la salvedad inicial que el propio autor se impone con sutil ironía.

Los aficionados al folletín literario, en que ha alcanzado tan rápida fama Pierre Benoit, hallarán en el *El Ave blanca*, coincidente con *Por Don Carlos* en el escenario pintoresco de nuestra guerra civil, el interés melodramático de la intriga, que el abuso de la técnica realista en la novela hacía desear de nuevo. Apresurémonos a decir sin recato, que la habilidad con que López Roberts funde en su «historia romántica» el elemento pintoresco de la España carlista y la ficción novelesca, está muy por encima de la burda trama urdida por el novelista francés. Hay páginas de la última parte—la mejor para nuestro gusto—de *El Ave blanca*, en que la imitación patente—y quizá consciente—de Galdós llega a conseguir la emoción inefable de un buen episodio nacional: las del viaje de Isabel II a Lequeitio, con la intervención graciosa, tan fantástica y humana a la par, de la inmensa doña Cloe—prima carnal sin duda, aunque el propio autor ignore o pretenda ignorar su genealogía, de la gran Madre Clío galdosiana—y de la Judith doña Lorenza.

Una buena muestra, en fin, de un género, no por clasificado, menos digno de estima. Y, sobre todo, una novela que se lee *de un tirón*.

* * *

LA PLUMA

Pedro Leandro Ipuche.—*Alas Nuevas.*—Montevideo, 1922.

Manifiéstase en estos poemas del señor Ipuche el deseo, apuntado ya su logro en algunos atisbos felicísimos, de fundir el sentimiento de la tierra nativa y su expansión en más amplios horizontes de conciencia, transmutándolos en una expresión poética donde los modismos populares del campo uruguayo adquieran virtualidad literaria.

«El Lazo», poema central del libro, participa de esas dos corrientes de emoción en que parece dividida espiritualmente la colección de poesías de *Alas Nuevas*: la determinada por contemplaciones visuales, «Los carreros», «Los potros», «Las lavanderas», «La sortija», «El Viraró»; y las que derivan del pensamiento a la raíz sensitiva, «La vocación fatal», «Ritmo y hora», «Asunto», «El desarrollo», «La Noche».

«Yo siento el entusiasmo de los lazos abiertos
Que hacen fiesta de líneas en el aire:
Un entusiasmo largo, seguro, desplegado,
Y bien trenzado,
Que salta hacia las cosas con afán de enlazarlas.»

canta el señor Ipuche en «El Lazo»:

«Mi lazo es inaudito,
Y va donde lo tira mi intención.
Mi oficio es intuitivo
Y cuando enlazo llevo al puño el corazón.
¡Cuidado con el arco valiente de mi lazo!
¡Soy buen enlazador!»

* * *

Dr. Atl.—*Las Sinfonías del Popocatepetl.*—México, Edic. México Moderno.

Reúne aquí el autor, bajo un título excesivo para nuestro gusto, algunas impresiones literarias de sus antiguas excursiones y dilatada demora por las montañas del Iztatzihualt y el Popocatepetl. Cuando el viajero se limita a describir, a apuntar sencillamente, paisajes y tipos que más que destacarse los componen; la lectura de sus notas se hace fácil y grata.

No tanto, cuando, ahueca la voz y prodiga palabras sonoras, por competir en vano con la Naturaleza, en la tremenda sinfonia de las cumbres volcánicas.

C. R. C.